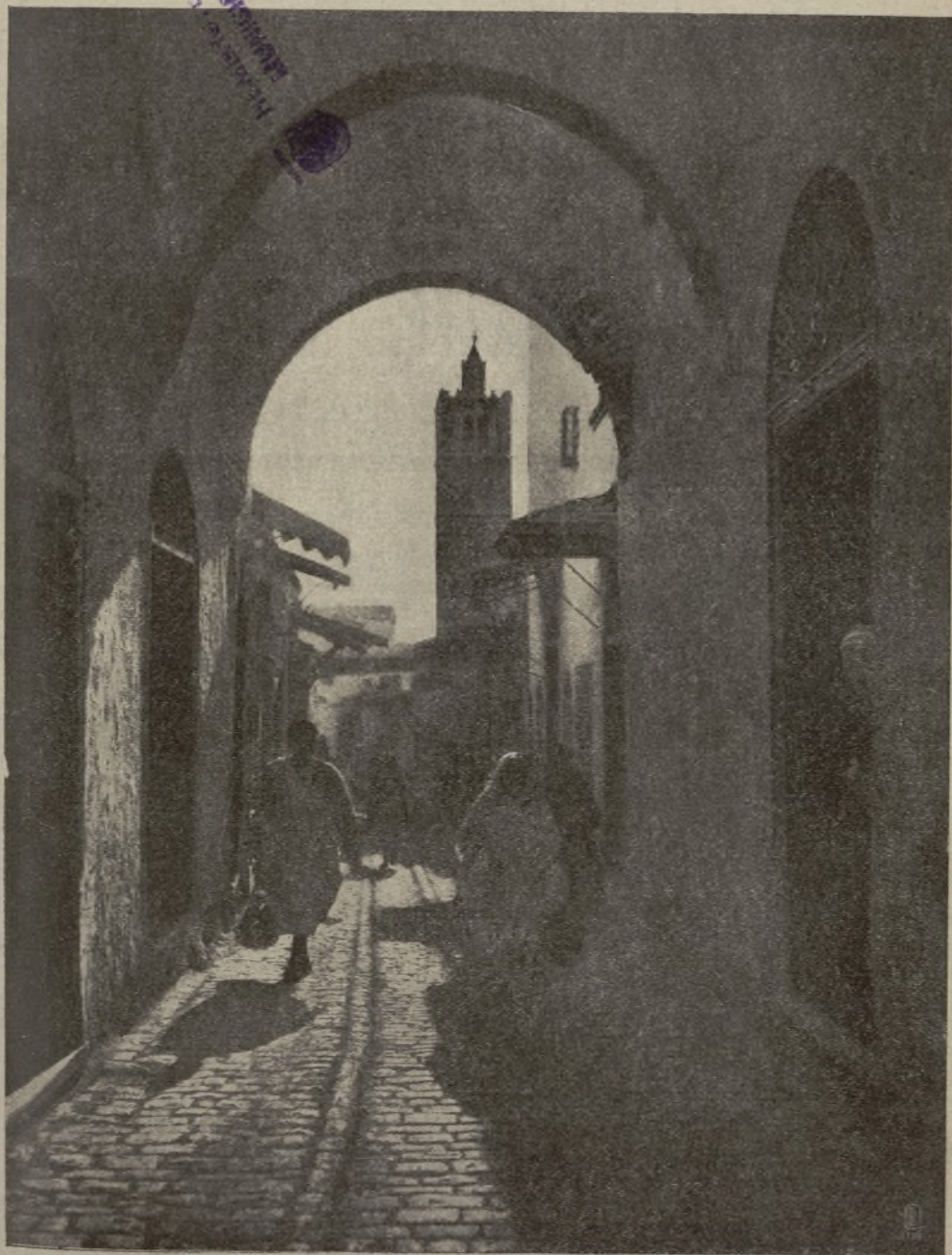


# ARMAS Y LETRAS

ARTE · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-  
TES · LITERATURA · PASATIEMPO · CURIOSIDADES  
VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS



DIRECTOR - PROPIETARIO  
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

NÚMERO 39  
Ayuntamiento de Madrid 60 CÉNTIMOS

En lo sucesivo no tendrá usted que recurrir a mil  
distintos libros cuando tenga que realizar algún  
:::-: trabajo sobre ciencias y artes militares :::-:

Toda la labor la encontrará  
hecha, ordenada y agradable-  
mente presentada en el nuevo



# DICCIONARIO MILITAR

ENCICLOPEDIA ILUSTRADA DE CIENCIAS MILITARES

Ensayos críticos y recopilación por  
VICENTE VALERO DE BERNABÉ,

Capitán de infantería

Magnífica obra que se publica lujosamente editada y con grabados interesantes que avaloran las exposiciones. El completo de la obra formará aproximadamente CUATRO HERMOSOS TOMOS de 1.000 páginas cada uno. Más de 3.000 grabados intercalados en el texto. Es una obra seria y amena, y por sus condiciones el consultor indispensable de todo el que tenga que tratar o estudiar asuntos militares. Para que esta espléndida edición se ponga al alcance de todos, la publicación se hace por cuadernos semanales, al precio de CINCUENTA CENTIMOS cuaderno.

Como nuestra edición es forzosamente limitada y el valor de la obra no permite ampliaciones de edición, si quiere usted asegurarse la posesión de tan interesante libro envíenos cuanto antes la noticia de su suscripción.

**CUATRO CUADERNOS MENSUALES, 2 PTS. AL MES**

El DICCIONARIO MILITAR de Valero de Bernabé será la obra fundamental de Ciencia y Arte militar que se haya producido en la presente época.



## Pistola nacional ASTRA

De 9 mm. Modelo 1921

Declarada reglamentaria en el ejército por R. O. circular de 6 de Octubre de 1921. (D. O. núm. 228).

Dispara cartucho Campo-Giro reglamentario

Fabricantes: **ESPERANZA Y UNCETA (Guernica)**

Los pedidos deben dirigirse a la **A. V. DE BERNABÉ**  
Delegación general en Madrid.... } CALLE MAYOR, NUM. 86  
Apartado núm. 886

### PRECIOS

#### AL CONTADO

Pistola en su caja, con un solo cargador y baquetón. . . . .	67,50 pesetas
Idem con dos cargadores y baquetón. . . . .	70,00

#### A PLAZOS

Los señores que así lo deseen pueden adquirir la pistola a plazos con un aumento de **cinco pesetas** en el precio total del arma. El pago se hará remitiendo 20 pesetas con la orden de pedido y abonando el resto en cinco plazos mensuales de 11 pesetas.

**MUY IMPORTANTE:** En las ventas al CONTADO han de acompañar juntamente con el importe del pedido pesetas para gastos de GUIAS DE CIRCULACION, PRECINTOS y embalaje, si las mercancías son para dentro de la Península, y si los envíos se han de hacer por paquete postal a AFRICA, BALEARES o CANARIAS, una peseta por pistola para gastos de guías, precintos y pago de paquete postal hasta la residencia del con-  
signatario.

#### Ventajas de la pistola nacional ASTRA, de 9 mm., modelo 1921, reglamentaria

*Perfecto equilibrio en la mano, que facilita y hace perfecta la puntería.*

*Robustez de mecanismos.* En las pruebas oficiales se han disparado en esta pistola 2.000 cartuchos, sin que el mecanismo haya sufrido la más leve avería.

*Elegancia de forma.*

*Poco peso.*

**TRIPLE SEGURO, QUE LO FORMA:**

*Seguro de aleta,* que permite el dominio del arma, pues puede ser puesto y quitado con el dedo pulgar de la mano que empuña el arma.

*Seguro de tecla,* que impide en absoluto el disparo mientras no se empuña el arma.

*Seguro del cargador,* por el que no puede jamás dispararse, una vez retirado el cargador, el cartucho que quedó olvidado en la recámara.

El conjunto de los tres seguros hace que esta pistola jamás pueda ser disparada por equivocación o impericia del que maneja, o por caída del arma en el suelo.

*Garantía de funcionamiento.* Al montar y empuñar el arma, teniendo colocado el cargador, se retiran automáticamente los seguros.

*Facilidad de desarme.* Todas sus piezas se desarmen rápidamente sin requerir el uso del destornillador.

*Intercambiabilidad de piezas.* Todas las piezas de la pistola son perfectamente intercambiables por otras de la misma clase. Cualquier avería puede, por consiguiente, ser inmediatamente remediada por poco coste, estando siempre el arma en disposición de servicio.

La pistola nacional ASTRA, ganadora en el concurso de pistolas reglamentarias en el ejército, es la pistola militar más perfecta que actualmente existe en el mundo. Es robusta, tiene poco peso, no se encasquilla, no puede dispararse por impericia y se prepara automáticamente para el disparo en el momento de empuñarla. Dispara cartuchos con el máximo de tolerancia. Se arma y desarma con pasmosa facilidad y permite la reposición de piezas en escaso coste. Además constituye un triunfo de la industria nacional, por ser modelo completamente nuevo y español.

# INTERESANTE

Por convenio con la Casa

**ESPERANZA Y UNCETA**, de Guernica

fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

**Los suscriptores de ARMAS Y LETRAS**

pueden adquirir a **plazos** por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

**Precio, 40 pesetas.**

Pagaderas en seis plazos, el primero de 10 pesetas y los restantes de 6 pesetas

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.



## GORRAS Y EFECTOS MILITARES

ADOLFO LÓPEZ

CUESTA DEL ALCÁZAR, 12.—TOLEDO

La Casa más económica en su clase.—Últimos modelos en gorras y roses.—Se hacen exportaciones a provincias.

## SASTRERÍA DOMINGUEZ

Cuesta del Alcázar, 14. — TOLEDO

### NOTA DE PRECIOS

Pza.		Pza.	
Capote paño 1.ª.....	150	Uniforme kaki de estambre	
Capota paño o estambre..	210	y gabardina con pantalón y calzón.....	50
Pelliza de 1.ª, azo de id..	120	idem id. de drill, con id..	70
Impermeable g. Barón na con gabán y capota separada.....	220	Volser pelliza con todos los avíos y dorados....	70
Guerro de paño y estrobre.....	120	idem y guerrera con id. id.	10
Paulón Rev con franja seda.....	60	Pone: cuello y vueltas con estrochas y somache....	17

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del Ejército, o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, **anúnciese en ARMAS Y LETRAS** y verá prosperar su negocio. Pida tarifas y presupuestos.



No soy ni sombra de lo que fui,  
la juventud renace en mí,  
Con PECA CURA lo conseguí.

Jabón, 150. Crema, 2,50. Polvos, 250. Agua Cutánea, 5,50. Agua de Colonia, 3,50, 6,10 y 16 pesetas, según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco.

### ULTIMAS CREACIONES

Productos serie «IDEAL»

Acacia, Mimosa Ginesta, Rosa de Jericó, Admirable Matinal. Chipre, Rocío, Flor, Rosa, Vértigo, Clavel Muguet, Violeta, Jazmín.

Jabón, 3. Polvos, 4. Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo 18 pesetas. Frasco con estuche.

CORTES HERMANOS, SARRIÁ (BARCELONA)



No dé usted vueltas a su cabeza. Para sumar no hay nada como la máquina ARGOS, de comprobación a la vista.

Precio, 225 pesetas.

L. ASIN. — PRECIADOS, 23. — MADRID

Catálogo contra envío de franqueo.

## IMPORTANTE

Rogamos encarecidamente a nuestros suscriptores a quienes se les pasa cargo por la Caja Central, acepten el pago de la suscripción por trimestres, arreglo necesario para la buena marcha de la Administración de la Revista, en la nueva forma de periodicidad quincenal, importante mejora que en obsequio a nuestros suscriptores hemos implantado.

Ayuntamiento de Madrid

## DEL AMBIENTE

## Millonarios al vapor

Con eso de los negocios fabulosos que nos salen a cada paso a los españoles no hay misero mortal que no piense en llegar a poseer unos cuantos millonajos para sobrellevar esta perra vida.

No puedo comprender como la gente se deja atropellar por autos, motos con o sin sidecar y otros armatostes de ruedas, perdiéndose una brillante posición en el mundo pues no cabe duda que por más que esté desesperado un individuo siempre vé en perspectiva tiempos mejores contradiciendo esa célebre frase que dice: «cualquier tiempo pasado fué mejor».

Pues bien; con estas gangas resulta España una moderna Jauja en que la vida es feliz y apacible y retozando más o menos con el vecino o vecina. No es extraño oír que Don Restituto, modesto oficinista, con veinticinco duros de paga, sin principio y pensando constantemente en él llegue un buen día a su casa todo alborozado llamando a la criada y armando un escándalo con gran sorpresa de su señora que se cree que se ha vuelto loco.

—Hermenegilda, Hermenegilda, corre a la confitería de la esquina y trae media docena de cocos y además un kilo de gallina trufada.

—¡Por Dios Restituto! Tú estás loco—exclama su mujer indignada—pero no te acuerdas que estamos a quince.

—Y qué. Hoy hay que echar la casa por la ventana. He hecho un negocio fabuloso y que nos permitirá comer principio todos los días, que es nuestra ilusión.

—¡Un negocio fabuloso!

—Si. ¡Admirate! He comprado cincuenta mil rublos por cero cincuenta céntimos.

La mujer asombrada de tanto rublo aunque con seguridad no sabe lo que vale un rublo, la da un patatús, pero pronto vuelve de él y ansiosa, como todas las mujeres, las primeras palabras que salen de su boca son:

—¿Y por qué no has comprado más rublos?

Pues bien, este matrimonio ya es feliz, se ve—si no ahora por lo menos dentro de uno o dos años, es decir, cuando se restablezca la normalidad en Rusia—comer al fin principio ¡Y todo por cincuenta céntimos!

Y esto ocurre a menudo.

Don Homobono y Don Escolástico se encuentran en la calle.

—¡Chico!—exclama Don Homobono—Estoy de enhorabuena.

—¡Caray! Has encontrado casa—exclama Don Escolástico poniéndose trágico.

—¡Ca! Mucho mejor (infeliz). He comprado veinticinco mil marcos por una peseta y ya sabes tú, hasta dentro de dos años por lo menos no sube el marco a su verdadero valor, de modo que he hecho un negocio fabuloso. Y que me voy a dar más importancia que la Cierva.

Y claro, la gente se escama y como buenos españoles forman cola en los Bancos, que ni la del tabaco para comprar marcos y rublos.

Y lo malo no es esto, puesto que al fin y al cabo por cincuenta céntimos nadie se arruina, si no que lo malo es que las ilusiones y cábalas que se han hecho para cuando entren en posesión de dicho dinero, se ha venido al suelo metiendo un escándalo que se ha oído hasta en la Conchinchina.

Y no es para menos, pues según un artículo que he leído en un periódico la baja de los marcos no es sino un negocio de alta política, y que por lo tanto no los admitirán, y si los admiten será

por menos del valor que les ha costado.

Y es lo que dice el otro ¡Vanidad palabra vana!

M. A. M.

## Divagaciones científicas

## PROYECCIÓN GNOMÓNICA

La proyección *gnomónica* o *central*, es una perspectiva hecha sobre un plano tangente a la esfera, en el cual, el punto de vista se supone en el *centro* de ésta. Cada punto del mapa será por consiguiente, el extremo de la secante que pasa por el correspondiente de la superficie esférica; de modo que la proyección de todo círculo máximo será una línea recta perpendicular al ecuador, que a su vez será otra recta.

Los paralelos a éste, serán hipérbolas; en la proyección polar los meridianos serán líneas rectas tiradas desde el centro del mapa, los paralelos círculos que tendrán su centro en este punto; por último, en la proyección horizontal, los meridianos serán líneas rectas descriptas por la proyección del polo superior.

El paralelo del punto al cual se refiere la proyección, estará representado por una parábola, los que están más cerca del polo, por elipses, y los demás de cada lado del ecuador por hipérbolas.

No entro en la demostración de estos principios, por las razones antes apuntadas, y además porque hay que hacerlo valiéndose del cálculo de la Geometría Analítica, apoyándose siempre en ecuaciones de la forma:

$$\frac{x^2}{a^2} + \frac{y^2}{b^2} = 1 \quad \frac{x^2}{a^2} - \frac{y^2}{b^2} = 1$$

$$e y^2 = 2 p x$$

que son las de la elipse, hipérbola y parábola respectivamente.

La proyección de que nos estamos ocupando, altera aún más

que las anteriores la extensión de las regiones a medida que se alejan del centro del mapa; no conviene más que para representar un casquete menor que un hemisferio; puesto que las secantes tenderán cada vez más a ser paralelas al plano de proyección, a medida que el punto considerado se vaya alejando del centro del mapa; y sería necesario para la representación de todas las superficies del globo, emplear *a lo menos* cuatro planos diferentes.

A causa de estos inconvenientes, se emplea muy rara vez, y eso solamente en algunos mapas físicos, como el de Eliseo de Beaumont. Esta proyección también se emplea para construir cuadrantes solares.

..

Expuestas así a la ligera las tres principales proyecciones perspectivas, generalmente adoptadas por los geógrafos; se ve claramente que ninguno de los planiferos trazados según sus reglas, reúne todas las condiciones de una perfecta representación del Orbe, puesto que alteran la figura de los países, ora en el centro, ora en los bordes de cada hemisferio; no representan los espacios iguales bajo dimensiones iguales, lo que ocurre también con las distancias. Tampoco se consigue obtener que los puntos situados en línea recta en el globo, o sea en un mismo círculo máximo, estén representados en la proyección en línea recta.

Por eso, los geógrafos prefieren excogitar medios aproximados para proyectar sobre superficies *regladas, desarrollables*, como el cono y el cilindro, procurando corregir y compensar errores.

Sin embargo, siempre se ha proyectado y se seguirá proyectando estereográficamente al mapa-mundi, abierto por el meridiano *españolísimo* de la punta

de la Orchilla en la isla de Hierro, adoptado por nuestros primeros navegantes trasatlánticos desde el siglo XVI; y que es insustituible por ser todo él del mar. No corta más que a dos continentes desiertos; por el N. a la extremidad de la Siberia cercana al estrecho de Bering, y por el S., a la península Tierra Victoria, allá en ese novísimo continente llamado la *Antártida*, sexta parte del mundo, llena de misterios y soledades.

Es convenio ya tácito, el que en la proyección de la derecha del mapa-mundi aparezca Europa, Asia, Africa y Australia, y en el de la izquierda el Nuevo Mundo, aunque es indiferente el hacerlo al contrario.

En el próximo artículo empezaré a tratar de las proyecciones sobre superficies regladas desarrollables.

Manuel Castaños  
y Montijano.

□□

## SINGULARIDADES DE GRANDES HOMBRES

Dice Suetonio que durante el invierno el emperador Augusto usaba siempre cuatro túnicas debajo de una gruesa toga, poniéndose además una camiseta de lana interior, y preservando sus miembros no menos cuidadosamente. En verano quería dormir siempre con todas las ventanas y puertas abiertas, y ofendíale tanto el calor, que tenía un esclavo solamente para abanicarle. No podía resistir el sol, ni aún en invierno.

Fernando II, Gran Duque de Toscana, que murió en 1670, era esclavo de su salud. «Yo le he visto, dice el abate Arnauld en sus Memorias, paseándose en su cámara arriba y abajo entre dos grandes termómetros, en los cuales tenía fija la vista constantemente; y mientras tanto, se ponía y quitaba diversos gorros de diferentes grados de calor, según la temperatura».

El abate de San Martín, que en el siglo XVII se hizo tan ridículo con sus pretensiones y manías, usaba nueve casquetes a la vez, los cuales cubría con una peluca a fin de preservarse bien del frío en la cabeza; también llevaba nueve pares de medias. Su cama era de ladrillos, debajo de los cuales colocábase un brasero construido de modo que no comunicara sino el necesario grado de calor. Para llegar a esta cama había una pequeña abertura, por la cual se introducía el abate al retirarse por la noche.

El jesuita Ghezzi, escritor del siglo XVIII, usaba siete casquetes debajo de la peluca.

Fourier, el distinguido matemático francés, había vuelto de Egipto acosado de un persistente reumatismo y de una continua sensación de frío, y padecía mucho cuando se hallaba bajo una temperatura de 20° Reaumur. Durante los últimos años de su vida, exhausto de fuerzas a consecuencia de un asma que había padecido desde su juventud, veíasele siempre, cuando escribía, o hablaba con sus amigos, encerrado en una especie de caja que no podía desviar de su cuerpo, dejando sólo en libertad la cabeza y las manos.

Donatello, el célebre escultor florentino, que murió en 1466, tenía la costumbre de guardar el dinero en una cesta colgada de un clavo en la pared de su habitación, sus trabajadores y sus amigos solían tomar de ella cuanto les parecía.

Beethoven, el compositor, estaba dominado por dos manías: una de ellas era cambiar de casa continuamente, y la otra pasear sin descanso. Apenas se instalaba en alguna nueva habitación, descubría al punto algún defecto, por insignificante que fuese, y comenzaba a buscar otra.

Todos los días después de comer, érale preciso salir a pasear a pié, bien lloviera o nevara, o bien hiciese excesivo calor, y no ponía término a su paseo hasta estar completamente rendido.

El astrónomo francés La Caille, había contraído la enojosa costum-

bre de leer y escribir solamente con un ojo, pues reservaba el otro para sus observaciones telescópicas. Por este medio, no obstante, obtuvo interesantes resultados; así por ejemplo, podía reconocer con facilidad y precisión la altura de las estrellas sobre el horizonte del mar, observación generalmente muy incierta a causa de la dificultad de distinguir bien el horizonte en la oscuridad de la noche. No parece, sin embargo, que ningún astrónomo haya tratado de acostumbrarse a tan difícil práctica.

Shelley, el poeta, complaciase en hacer de continuo barquitos de papel para hacerlos flotar en el agua, y este infantil pasatiempo parecía fascinarle. Cuando se le acababa el papel que tenía a mano, servíase de los sobres de sus cartas y hasta de éstas. Asegúrase que cierto día, hallándose a orillas de un río, se le concluyó el material para hacer sus barquitos; no le quedaba más que un billete de Banco, y vaciló mucho antes de servirse de él; al fin pudo más su manía, e hizo flotar el costoso esquite.

## Los muezines.

Después del sitio de la Meca, que ofreció escasa resistencia, penetró Mahoma en la ciudad rodeado de gran pompa y ceremonia, y fueron derribados y destruídos los trescientos sesenta ídolos de la Caaba, quedando desde entonces establecida una costumbre que aún existe.

La ciudad se había entregado al amanecer, y al medio día, uno de los servidores del profeta se subió a lo alto de la Caaba, y en voz alta recomendó la oración a todo el ejército.

Ya han transcurrido doce siglos; pero aún subsiste la costumbre de que los muezines congreguen a la grey musulmana desde los minaretes a la hora del rezo.

## Escuela de croupiers

En Monte-Carlo hay una escuela de *croupiers* o pagadores de banca, oficio más difícil de lo que pudiera creerse, pues exige buena vista, facilidad extraordinaria para el cálculo aritmético, agilidad de dedos, y tratándose de empleados que, como los de Monte-Carlo, han de estar en contacto con gentes del gran mundo, educación refinada y modales distinguidísimos. La escuela en cuestión está abierta desde 1.º de Junio hasta 1.º de Diciembre, ocupando dos magníficos salones del Casino. En ellos existen numerosas mesas de ruleta, *baccarat* y treinta y cuarenta, donde actúan los aprendices por turno, ejerciendo unos de *croupiers*, mientras los demás hacen las puestas con fichas, como si fueran jugadores de verdad. A fin de adiestrar bien al *croupiers*, procuran los fingidos puntos hacer puestas combinadas de difícil cálculo en el momento del pago, otorgándose a los que llevan las cabeceras de mesa un tiempo cada vez más breve para realizar de memoria las operaciones aritméticas correspondientes. En otra de las salas se enseña a los *croupiers* las reglas de urbanidad, el cuidado personal y hasta la *pose* que debe adoptar en su trato con el público. El número de matriculados anualmente es de cuarenta a cincuenta; bastando un solo curso para aprender a la perfección el oficio; un oficio bien remunerado, pues aparte de que el Casino de Monte-Carlo asigna a sus *croupiers* sueldo pingüe y casa, sólo de propinas sacan éstos, por término medio, de 20 a 30.000 francos al año. Del famoso jugador García se cuenta que cuando hizo saltar la banca de Monte-Carlo, regaló a los *croupiers* que habían tallado 125.000 francos. Y aunque no todos los

aficionados, con suerte, al fin verde, sean con los talladores espléndidos, suelen mostrar contento por el golpe de fortuna inesperado, haciendo buenas divas a los sistematizadores azar.

## Pueblos extraños

Los namaquas constituyen un pueblo de raza hotente de lo genuino que se conoce; ocupan un gran territorio en el África Austral, dividido en dos partes: Gran Namaqua y Pequeña namaqua.

Su ocupación normal es la caza; rehusan los oficios mecánicos limitándose a fabricar vasijas de madera para leche. Son incansables fumadores de cáñamo, y adquieren a cambio de ganado pieles, y beben un líquido obtenido de la fermentación de la leche. Su traje consiste en pieles, y lana colocan al interior en invierno y al exterior en verano, en forma de mandil.

Adoran a Heitzi-Eibib, a quien hacen ofrendas cuando solicitan su protección; pero en cambio insultan si no consiguen sus deseos.

Esta y otras muchas particularidades curiosas ofrece la raza namaqua; tal vez sea la más rara referente a como entienden la hospitalidad. Todo caminante que llega a sus pueblos es recibido con agasajado con grandes muestras de alegría; pero en cuanto se pide y prosigue su jornada, se le despoja de cuanto traía consigo, cuanto le habían regalado los mismos namaquas.

Para completar conocimientos, adquiere el

Diccionario Militar

## Costumbres curiosas

En algún tiempo la camisa constituía en Europa una prenda de verdadero lujo y no de uso indispensable, tanto que servían para hacer regalos. Salomón, duque de Bretaña, envió treinta como obsequio al Papa Adriano II.

La legislación de entonces fijaba el número de camisas que los vasallos tenían que entregar como tributo a sus señores, y había mujeres dedicadas especialmente a confeccionarlas para sus amos.

Un reglamento disponía que los campesinos de la abadía de San Martín, en Francia, diesen al Monasterio tres días de trabajo, y que las mujeres hicieran cuatro camisas por semana. Los reglamentos eclesiásticos ocupábanse del número de camisas que había que entregar anualmente a los curas y, a los frailes, al igual que los concilios lo habían hecho en lo referente al vino que diariamente era obligatorio dar al clero.

## Máximas del Kaiser

El despacho que tenía Guillermo II en su castillo de Romien, ofrece un aspecto capaz de sorprender a los huéspedes del soberano. En las paredes mandó poner una serie de máximas y sentencias, de las cuales copiamos las siguientes:

El mundo es tan grande y el hombre tan pequeño, que no es posible que un hombre sea el centro del mundo.

Tomad el día como venga y a los hombres como sean.

No desear lo que no se puede obtener.

Sed fuertes en el dolor.

Una hora de alegría basta hacernos olvidar mil horas de amargura.

El hombre desconfiado agravia a su prójimo y así mismo.

## INTERESANTE

Para ordenar y hacer posible la contestación de las consultas, en adelante nuestros suscriptores deberán remitirnos cada pregunta en el correspondiente boletín que publica ARMAS Y LETRAS.

Cada boletín servirá para una sola pregunta. Las consultas que no vengán escritas en el boletín se considerarán nulas. Los que deseen recibir la contestación directamente por carta deberán enviar con su consulta un sello de 0,20 pesetas. Rogamos a nuestros suscriptores se atenga detalladamente a estas instrucciones:

## ARMAS Y LETRAS

### SECCION DE CONSULTAS

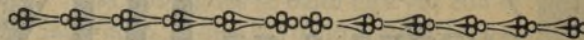
Apellidos .....

Nombre .....

Empleo ..... Cuerpo .....

CONSULTA (1) .....

(1) Haced la pregunta clara y concisa.



# SERNA COMPRO, VENDO

Alhajas,  
Papeletas del Monte,  
Oro, Plata,  
Relojes de buenas marcas,  
Antigüedades,  
Pianos, Autopianos,  
Escopetas,  
Máquinas fotográficas,  
Gramófonos,  
Máquinas de escribir,  
Prismáticos  
y cualquier objeto de valor.

HORTALEZA, 9

TELEFONO 53-51

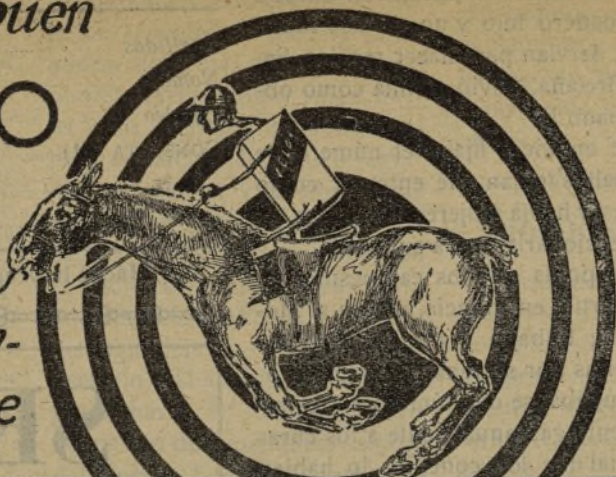
ARTÍCULOS DE OCASIÓN

*un buen jinete*

*hace un buen*

**Caballo**

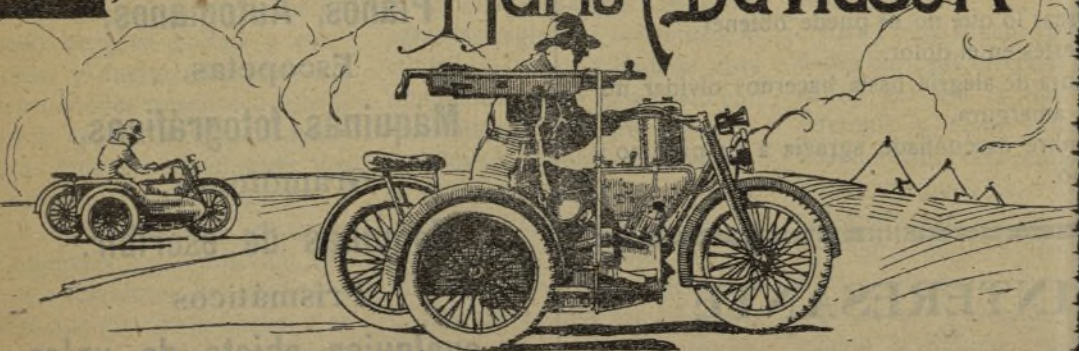
*Si deseais  
que vuestras  
cuadras ga-  
nen siempre  
emplead*



**Resolutivo Rojo Mata  
Cicatrizante Velox  
Anticólico F. Mata**

ESTABLECIMIENTO  
FARMACÉUTICO

**LA MOTOCICLETA MILITAR**  
es la **Harley-Davidson**



**EXPOSICION Y VENTA**  
**J. A. DE LANDALUCE**  
**MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid**



## JUAN SOLDADO

POR A. DE TRUEBA



Erase un mozo solariego, sin casa ni canastilla, al que tocó la suerte de soldado. Cumplió su tiempo, que fué ocho años, y se volvió a reenganchar por otros ocho, y después por otros tantos.

Cuando hubo cumplido estos últimos ya era viejo y no servía ni para ranchero, por lo que le licenciaron, dándole una libra de pan y seis maravedís que alcanzaba de su haber.

—¡Pues dígoles a usted—pensó Juan Soldado—cojiendo la vereda—, que me ha lucido el pelo! ¡Des-

—Vaya—dijo Juan Soldado—, aunque después de servir al rey veinticuatro años, sólo tengo por junto una libra de pan y seis maravedís, partiré el pan con ustedes.

Cogió la navaja, hizo tres partes del pan, les dió dos, y se quedó con una.

A las dos leguas se halló otra vez con el Señor y San Pedro, el que le volvió a pedir limosna.

Quiéreme parecer—dijo Juan Soldado—que les he dado *nantes* a ustedes, y que ya conozco esa



pués de veinticuatro años que he servido al rey, lo que vengo a sacar es una libra de pan y seis maravedís! Pero anda con Dios: nada adelanto con desesperarme, sino el criar mala sangre.

Y siguió su camino cantando:

La boca me huele a rancho,  
y el pescuezo a corbatín;  
las espaldas a mochila,  
y las manos a fusil.

En esos tiempos andaba Nuestro Padre Jesús por el mundo, y traía de lazarillo a San Pedro. Encontróse con ellos Juan Soldado, y San Pedro, que era el encargado, le pidió una limosna.

—¿Qué he de dar yo—le dijo Juan Soldado—, yo, que después de veinticuatro años de servir al rey, lo que he agenciado no es más que una libra de pan y seis maravedís?

Pero San Pedro, que es porfiado, insistió.

calva; pero ¡anda con Dios! Aunque después de veinticuatro años de servir al rey, sólo tengo una libra de pan y seis maravedís, y que de la libra de pan no me queda sino este pedazo, lo partiré con ustedes.

Lo que hizo, y en seguida se comió su parte, para que no se lo volviesen a pedir.

Al ponerse el Sol se halló por tercera vez con el Señor y San Pedro, que le pidieron limosna.

—Sobre que juraría que ya les he dado a ustedes—dijo Juan Soldado—; pero ¡anda con Dios! Aunque después de servir al rey veinticuatro años sólo me he hallado con una libra de pan y seis maravedís, repartiré éstos como repartí el pan.

Cogió cuatro maravedís, que le dió a San Pedro, y se quedó con dos.

—¿Dónde voy yo con un ochavo?—dijo para sí Juan Soldado—; no me queda más que ayuncar al trabajo y echar el alma si he de comer.

—Maestro—le dijo San Pedro al Señor—, haga Su Majestad algo por ese desdichado que ha servido veinticuatro años al rey y no ha sacado más que una libra de pan y seis maravedís, que ha repartido con nosotros.

—Bien está; llámalo y pregúntale lo que quiere— contestó el Señor.

Hízolo así San Pedro, y Juan Soldado, después de pensarlo, le respondió que lo que quería era que en el morral que llevaba vacío se le metiese aquello que él quisiese meter en él. Lo que le fué concedido.

Al llegar a un pueblo vió Juan Soldado en una tienda unas hogazas de pan más blancas que jazmines, y unas longanizas que decían comedme.

—¡Al morral!—gritó Juan Soldado en tono de mando.

Y cáteme usted las hogazas dando vueltas como ruedas de carretas, y las longanizas arrastrándose más súptas que reptiles, encaminarse hacia el morral sin perder la derecha.

El montañés dueño de la tienda y el montañuco su hijo, corrían detrás dando cada trancazo que un pie perdía de vista al otro; pero ¿quién las atajaba, si las hogazas rodaban desatinadas como chinas cuesta abajo, y las longanizas se les escurrían entre los dedos como angilas?

Juan Soldado, que comía más que un cáncer y que aquel día tenía más hambre que Dios paciencia, se dió un hartagón de los cumplidos, de los de no puedo más.

Al anochecer llegó a un pueblo; como era licenciado del ejército, tenía alojamiento, por lo cual se encaminó al Ayuntamiento para que le diesen boleta.

—Soy un pobre soldado, señor—le dijo al alcalde—, que después de veinticuatro años de servir al rey sólo me hallé con una libra de pan y seis maravedís que se gastaron por el camino.

El alcalde le dijo que si quería le alojaría en una hacienda cercana a la que nadie quería ir porque había muerto en ella un condenado, y que desde entonces había asombro; pero que si él era valiente y no le temía al asombro, podía ir, que allí hallaría de cuanto Dios crió; pues el condenado había sido muy riquísimo.

—Señor, Juan Soldado ni debe ni teme—contestó éste—, y allá voy a encamparme en un decir tilín.

En aquella posesión halló Juan Soldado el centro de la abundancia: la bodega era de las famosas, la despensa de las provistas, y los sobrados estaban atestados de frutas.

Lo primero que hizo a prevención, por lo que

pudiese tronar, fué llenar un jarro de vino, porque consideró que a los borrachos se les tapaba la vena del miedo; en seguida encendió candela y se sentó a ella para hacer unas migas de tocino.

Apenas estaba sentado, cuando oyó una voz que bajaba por la chimenea, y decía:

—¿Caigo?

—Cae si te da gana—respondió Juan Soldado, que ya estaba pitón con los lapos de aquel rico vino que se echaba entre pecho y espalda—; que el que ha servido veinticuatro años al rey sin sacar más que una libra de pan y seis maravedís, ni teme ni debe.

No bien lo hubo dicho, cuando cayó a la misma vera suya la pierna de un hombre; a Juan Soldado le dió un espeluzno que se le erizaron los vellos como el pelo a un gato acosado; cogió el jarro y le dió un testarazo.

—¿Quieres que te entierre?—le preguntó Juan Soldado.

La pierna dijo con el dedo del pie que no.

—Pues púdrete ahí—dijo Juan Soldado.



De allí a nada volvió a decir la voz de *denantes*:

—¿Caigo?

—Cae si te da gana—respondió Juan Soldado dándole un testarazo al jarro—; que quien ha servido veinticuatro años al rey no teme ni debe.

Cayó entonces al lado de la pierna su compañera. Para acabar presto, de esta manera fueron cayendo los cuatro cuartos de un hombre, y, por último, la cabeza, que se apegó a los cuartos, y entonces se puso en pie en una pieza, no un cristiano, sino un espectro fiero: como que era el mismísimo condenado, en cuerpo y alma.

—Juan Soldado—dijo con un vocejón que helaba la sangre en las venas—: ya veo que eres un valiente.

—Sí, señor—respondió éste—; lo soy; no hay que decir ni hartura ni miedo ha conocido Juan Soldado en la vida de Dios; pues, a pesar de eso, ha de saber su merced que en veinticuatro años que he servido al rey, lo que he venido a sacar ha sido una libra de pan y seis maravedís.

—No te apesadumbres por eso—dijo el espectro—; pues si haces lo que te voy a decir salvarás mi alma y serás feliz. ¿Quieres hacerlo?

—Sí, señor; sí, señor; más que sea lañarle a su merced los cuartos para que no se le vuelvan a desperdigar.

—Lo malo que tiene—dijo el espectro—, es que me parece que estás borracho.

—No, señor; no, señor; no estoy sino calamocano; pues ha de saber su merced que hay tres clases de borracheras: la primera es de escucha y perdona; la segunda es de capa arrastrando, y la tercera, de medir el suelo; yo no he pasado de escucha y perdona, señor.

—Pues sígueme—dijo el espectro.

Juan Soldado, que estaba peneque, se levantó, haciendo su cuerpo, para aquí para allá, como santo en andas, y cogió el candil; pero el espectro alargó un brazo como una garrocha y apagó la luz.

No se necesitaba, porque sus ojos alumbraban como dos hornos de fragua.

Cuando llegaron a la bodega dijo el espectro:

—Juan Soldado, toma una azada y abre aquí un hoyo.

—Abralo usted con toda su alma si le da gana—respondió Juan Soldado—; que yo no he servido veinticuatro años al rey sin sacar más provecho que una libra de pan y seis maravedís para ponerme ahora a servir a otro amo que puede que ni eso me dé.

El espectro cogió la azada, cavó y sacó tres tinajas, y le dijo a Juan Soldado:

—Esta tinaja está llena de cuartos, que repartirás

a los pobres; esta otra está llena de plata, que emplearás en sufragios por mi alma, y esta última está llena de oro, que será para ti si me prometes emplear el contenido de las otras según lo he dispuesto.

—Pierda su merced cuidado—respondió Juan Soldado—; veinticuatro años he estado cumpliendo con puntualidad lo mandado, sin sacar más premio que una libra de pan y seis maravedís; con que ya ve su merced si lo haré ahora en que tan buena recompensa me *apromete*.

Juan Soldado cumplió con todo lo que le encomendó el espectro, y se quedó hecho un usía muy considerable, con tanto oro como había en su tinaja.

Pero a quien le supo todo lo acaecido a cuerno quemado fué a Lucifer, que se quedó sin el alma del condenado, por lo mucho que por ella rezaron la Iglesia y los pobres, y no sabía cómo vengarse de Juan Soldado.

Había en el infierno un Satanasillo más lindo y más astuto que ninguno, que le dijo a Lucifer que él se determinaba a traerle a Juan Soldado.

Tuvo de esto tanta alegría el diablo mayor, que le *aprometió* al chico, si le cumplía lo ofrecido, regalarle una jarapada de moños y de dijes para tentar y pervertir a las hijas de Eva, y una multitud de barajas y de pellejos de vino para seducir y perder a los hijos de Adán.

Estaba Juan Soldado sentado en su corral, cuando vió llegar muy diligente al Satanasillo, que le dijo:

—Buenos días, señor don Juan.

—Me alegro de verte, monicaquillo; ¡qué feo eres! ¿Quieres tabaquear?

—No fumo, don Juan, sino pajuelas.

—¿Quieres echar un trago?

—No bebo sino agua fuerte.

—Pues, entonces, ¿a qué vienes, alma de Caín?

—A llevarme a su merced.

—Sea en buen hora. No tengo dificultad en ir contigo. No he servido yo veinticuatro años al rey para tocar retirada ante un enemiguillo de mala muerte como tú. Juan Soldado ni teme ni debe, ¿estás? Mira, súbete en esa higuera que tiene brevas tamañas como hogazas de pan, mientras yo voy por las alforjas; porque se me antoja que la vereda que vamos a andar es larga.

Satanasillo, que era goloso, se subió en la higuera y se puso a engullir brevas, entre tanto que Juan Soldado fué por su morral, que se colgó, y volvió al corral, gritando al Satanasillo:

—¡Al morral!

El diablo chico, pegando cada hiplo que asom-

braba, y haciendo cada contorsión que metía miedo, no tuvo más remedio que colar en el morral.

Juan Soldado cogió un dique de herrero y empezó a sacudir trancazos sobre el Satanasillo, hasta que le dejó los huesos hechos harina.

Dejo a la consideración del noble auditorio el coraje que tendría Lucifer, cuando vio llegar a su presencia a su Benjamín, a su ojito derecho, todo derrengado y sin un hueso que bien lo quisiese en su cuerpo.

—¡Por los cuernos de la Luna!—gritó—. Aseguro que ese descarado hampón de Juan Soldado me las ha de pagar todas juntas; allá voy yo por él en propia persona.

Juan Soldado, que se aguardaba esta visita, estaba prevenido y tenía colgado su morral. Así fué que apenas se presentó Lucifer, echando fuego por los ojos y cohetes por la boca, plantósele Juan Soldado delante con muchísima serenidad, y le dijo:

—Compadre Lucifer, Juan Soldado no teme ni debe, para que lo sepas.

—Lo que has de saber tú, fanfarrón tragaldabas, es que te voy a meter en el infierno en un decir Satan—dijo, bufando, Lucifer.

—¿Tú a mí? ¿Tú a Juan Soldado? ¡Fácil era! Lo que tú no sabes, compadre Soberbia, es que quien te va a meter el resuello para dentro soy yo.

—¡Tú, vil gusano terrestre!

—Yo a ti, gran fantasmón; en un morral te voy a meter a ti, a tu rabo y a tus cuernos.

—Basta de jactancias—dijo Lucifer alargando su gran brazo y sacando sus tremendas uñas.

—¡Al morral! exclamó en voz de mando Juan Soldado.

Y por más que Lucifer se repercutió; por más que se repeló, se defendió y se hizo un ovillo; por más que bramó, bufó y aulló, al morral fué de cabeza, sin que hubiese su tía.

Juan Soldado trajo un mazo, y empezó a descargar sobre el morral cada taramazo, que hacía hoyo, hasta que dejó a Lucifer más aplastado que un pliego de papel.

Cuando se le cansaron los brazos dejó ir al preso, y le dijo:

—Mira que ahora me contento con esto; pero si te atreves a volver a ponérteme delante, gran sinvergonzón, tan cierto como que he servido al rey veinticuatro años sin haber sacado más que una libra de pan y seis maravedís, que te arranco la cola, los cuernos y las uñas, y veremos entonces a quién metes miedo. Estás prevenido.

Cuando su corte infernal vio llegar al diablo mayor lisiado, tullido, más transparente que tela de tamiz y con el rabo entre piernas, como perro despe-

dido a palos, se pusieron todos aquellos ferósticos a echar sapos y culebras.

—Después de esto, ¿qué hacemos, señor?—preguntaron a una voz.

—Mandar venir cerrajeros, para que hagan cerrajos para las puertas; albañiles, para que tapen bien todas las rajadas y boquetes del infierno, a fin de que no entre, no cuele ni aporte por aquí el gran insolentón de Juan Soldado—les respondió Lucifer.

Lo que al punto se hizo.

Cuando Juan Soldado conoció que se le acercaba la hora de la muerte, cogió su morral y se encaminó para el cielo.

A la puerta se halló con San Pedro, que le dijo:

—¡Hola!, bien venido. ¿Dónde se va, amigo?

—Toma—respondió muy fantasioso Juan Soldado—, a entrar.

—¡Eh, párese usted, compadre, que no entra cada quisque en el cielo como Pedro por su casa! Veamos qué meritos trae usted.

—Pues no es nada—respondió Juan Soldado muy sobre sí—: he servido veinticuatro años al rey, sin sacar más recompensa que una libra de pan y seis maravedís. ¿Le parece a su merced poco?

—No basta, amigo—dijo San Pedro.

—¿Que no basta?—repuso Juan Soldado dando un paso adelante—; veremos.

San Pedro le atajó el paso.

—¡Al morral!—mandó Juan Soldado.

—Juan, hombre cristiano, ten respeto, ten consideración.

—¡Al morral! Que Juan Soldado ni teme ni debe. Y San Pedro, que quiso que no, se tuvo que colar en el morral.

—Suéltame, Juan Soldado—le dijo—; considera que las puertas del cielo están abiertas y sin custodia y que puede colarse allí cualquiera alma de cántaro.

—Eso era cabalmente lo que yo quería—dijo Juan Soldado entrándose adentro muy pechisacado y cuellierguido—; pues diga usted, señor don Pedro, ¿le parece a su merced *regular* que después de veinticuatro años de servir al rey allá abajo, sin sacar más que una libra de pan y seis maravedís, no halle yo por acá arriba mi cuartel de inválidos?





## CUENTOS DE AYER

# LUCHAS FRATRICIDAS

Por VICENTE PLÁ

I

A las tres de la mañana de primero de Octubre de 1838, el redoblar de los tambores carlistas despertaba a las partidas de Cabrera acampadas en Valdealgofra.

De las angostas callejas del poblucho aflúan a la vía principal, en apresurada marcha, confusas masas de soldados que, orientándose difícilmente en la oscuridad, tomaban la dirección de las afueras de la villa.

El trote de los caballos, el tintineo de espuelas y el rechinar de sables y fusiles, mezclábase a las distintas voces de mando surgidas de puntos diferentes.

Cabrera había concentrado en Valdealgofra, no sólo sus propias fuerzas, sino también las de otros cabecillas que operaban bajo su mando, Forcadell, Quílez y algunos más se le habían reunido en la noche anterior, y aunque las más de las veces preferían campar por sus respetos, en aquella ocasión, tan insistentes fueron los apremios de Cabrera, tan terminantes sus órdenes, que dejando todos sus proyectos y correrías, acudieron puntualmente al lugar de la cita: Valdealgofra.

A prima noche celebróse consejo.

Cabrera expuso su plan.

Tratábase de sorprender a los cristinos que pernoctaban cerca de allí. Pardiñas, el general más joven del ejército contrario, al frente de la división llamada el *Ramillete*, dormía aquella noche en Maella. Tenía confianzas de aquella misma tarde. Obraban en su poder dos partes interceptados al enemigo. Los leyó. En el primero, aseguraba Pardiñas conocer el rastro de Cabrera; en el otro, prometía para muy en breve, decisiva victoria... Y él, Cabrera, quería contestar con hechos a tales prove-

caciones... Para eso los había reunido... Marcharían de madrugada... saliendo el sol, en Maella...

Formaban las tropas en las inmediaciones del pueblo. Los batallones de Mora, dos de Guías, los de Tortosa y el 2.º de Ligeros alineáronse a ambos lados; en vanguardia, las guerrillas compuestas en su mayor parte de valencianos y aragoneses, mas los contingentes de las partidas que acudillaban Quílez y Torner.

Cabrera avanzó a caballo, inspeccionando los cuerpos. Detúvose junto a los batallones tortosinos y les arengó en su lengua. Después, pasó al frente.

—¡Muchachos, ya sabéis que nunca os engaño!— gritó con voz recia.—¡Hoy hemos de destrozarnos a los cristinos! ¿Me ayudaréis?

Aclamáronle los soldados.

Un redoble de cajas sofocó los vítores.

Queda, silenciosamente, avanzaron las partidas.

Apretaba el frío.

Los soldados, con el fusil en bandolera, pugnaban por abrigar sus manos heridas entre los pliegues del capote.

Un lucero titiló estremecido, como en doliente adiós, y desapareció en el firmamento. De los caseríos que poblaban la campiña surgieron con las estridentes dianas de los gallos, balar de ovejas y aullidos de mastines. La tierra despertaba envuelta en grisáceos vapores, como vahos de inmenso dormitorio. A la indecisa luz del alba, retamares y lentiscos aparecían cubiertos de perladas gotas que depositó la escarcha.

La columna carlista avanzó por el camino de Maella, como anélido monstruoso de coloración bermeja, verde, azul, que mentían las boinas y uniformes de las tropas...

Pardiñas durmió en Maella, bien ajeno al peligro que de tan cerca le amagaba. Ya de día, un confidente advirtió al general la proximidad de Cabrera.

Se tocó a generala y formaron las tropas. A las seis emprendían el camino de Alcañiz. Poco después, las avanzadas cruzaban sus primeros fuegos con los carlistas.

El general Pardiñas, joven, valiente y ganoso de gloria, deseaba—de mucho tiempo atrás—el combate con Cabrera. Se sentía cansado de la perpetua lucha de guerrillas con fuerzas más o menos numerosas, pero incapaces de afrontar un encuentro campal, que asomando unas veces a vanguardia de la columna y a sus espaldas otras, escapaban ocultándose tras las breñas y peñascos al primer conato de formación estratégica de las tropas. Tal sistema, más que pelear de ejércitos, tenía trazas de cacería al acecho, de emboscada aleposa en la que los hombres caían sin defenderse, descuidados, sin ver la cara al cobarde enemigo que los diezmaba a traición, guarecido en la espesura del bosque o abroquelado en los riscos de un desfiladero. De sobra se le alcanzaba al general, que en una batalla con Cabrera, habría que aventurarlo todo... ¿Y qué...? Vencer a Cabrera, abatir al *Tigre* del Maestrazgo era su ilusión más cara. La del Gobierno también: para combatirle, para destrozarle le había confiado el mando de la mejor división de aquél ejército... ¡Bien cerca tenía al enemigo...! Allí, junto a las mismas puertas de Maella, en el camino de Alcañiz, donde graneaban las descargas de las guerrillas, las masas facciosas, con su caudillo al frente, brindaban al general cristino ocasión propicia a sus anhelos.

La fresca brisa que oreó sus sienes, antojósele al joven general aleteo de próxima victoria que, anhelosa e impaciente, pretendía acariciarle de antemano.

Seguido de su Estado Mayor adelantó a vanguardia. Con minucioso examen reconoció el terreno, juzgando los detalles de estrategia que pudieran favorecerle. Rápido, volviéndose a sus ayudantes ordenó el ataque.

La división formó en dos alas: los batallones de Córdoba—pr.mero y segundo—a la derecha; el tercero, de Córdoba también, al lado izquierdo. Dos batallones de África y la caballería, al centro.

¡Brava acometida la de los cristinos! Al grito de ¡Viva la Reina! arrollan a los batallones de la derecha carlista que ceden, replegándose asombrados... La indecisión perturba las filas enemigas... Pretenden sus oficiales contenerlas... ¡Es en vano...! Irresolutos, sorprendidos ante empuje tan vigoroso y temiendo que la caballería, que avanza al galope, los destruya y aniquile, retroceden... El pánico sucede a la sorpresa y el repliegue se convierte en fuga.

Cabrera atisba, desde su centro, el desastre de los suyos, y picando espuelas a su caballo, acude presuroso al sitio del peligro... Grita, amenaza, ruega... Nada detiene sus huestes fugitivas.

—¡Viva Don Ramón! ¡Viva nuestro general!—claman al divisarle, y arrojando sus armas y fusiles, escapan velozmente en alocada carrera.

Rabioso, decidido a encontrar la muerte donde buscó la victoria, arremete, él solo, contra los jinetes cristinos que adelantan. La faz verdosa, ronca la

voz con un palo en la diestra—por toda arma—ondulando al aire la blanca capa de vueltas rojas, el *Tigre* del Maestrazgo, soberanamente trágico, corre hacia el enemigo. Sus ayudantes de órdenes le siguen; media docena de sus fieles tortosinos le acompañan también. Una bala le hiere el brazo izquierdo y la sangre le empapa la zamarra. Los más próximos quieren que se retire.

—¡General, estáis herido! ¡Huyamos!

Contéstales, despreciativo y furioso:

—¿Huir? ¡Jamás...! Quien quiera morir, venga conmigo...

Y otra vez, con más rabia, espolea a su caballo que, eucabritándose al sentir desgarrados sus hijares, se lanza loco, como su jinete, en dirección de las filas enemigas...

Los que le rodean, miránse aterrados ante el delirio del jefe... Síguele los más... Uno entre ellos, subteniente de Guías, vuelve grupas, y galopando llega junto a los batallones que huyen. Les increpa, les detiene...

—¡Han herido al general...! ¡Va a morir...! ¡No sólo sois cobardes, sino traidores, si conmigo no volvéis para salvarle...!

¿Cabrera herido...? ¿Muerto tal vez...? Las palabras del subteniente, corren como reguero de pólvora entre los carlistas. Reaccionan. Contiénese la fuga del ejército y el heroico oficial, señalando con su sable el punto donde quedó el caudillo, parte en rauda carrera seguro de que los soldados han de seguirle. No se equivoca. Un batallón de Moratón de Guías y parte del 2.º de Ligeros, corren tras él, llegando donde esta el cabecilla.

Este sonríe al verlos: los soldados husmean el perdón detrás de aquella sonrisa. Cabrera les arenga vivamente, y como avalancha que todo lo atropella y arrasa cuanto le estorba en su camino, se lanzan a la bayoneta contra los soldados de la Reina recomenzando el combate.

En tanto, Pardiñas, creyéndose victorioso, desguarnece su ala derecha en su afán de terminar la lucha.

Cabrera, venteando el desquite, observa tal descuido, y distinguiendo cercanos sus batallones de tortosinos y aragoneses, les dice, señalándoles la presa:

—¡Valientes a cobrarse lo que os deben!

Y aquella alusión a su anterior derrota, enciende en ira a los soldados que, ciegos de coraje, acometen a los cristinos.

Cámbianse bruscamente los papeles y trócanse en vencedores los vencidos. Titubean los de Córdoba, flaquean los de África y cesa la caballería. Cientos de infantes son cortados por los batallones carlistas y se rinden. El primer batallón del Regimiento de África casi no existe, mutilado. Un escuadrón de lanceros es copado por un destacamento de Guías.

Cabrera ordena a sus jinetes que aceleren el triunfo, y el ejército cristino acaba de amedrentarse ante aquel alud que se desploma.

Pardiñas, loco de dolor, columbra lo inmenso de su derrota. Ve cómo los restos de sus batallones escapan por el valle de las Eras y corre en desesperado esfuerzo a contenerles. Certera descarga siembra la muerte en torno del general y queda éste envuelto

to, con los pocos que sobreviven de su escolta, por un centenar de jinetes carlistas. Iniciase heroico combate cuerpo a cuerpo. Los de la escolta son acuchillados; algunos, muy pocos, viéndose perdidos, huyen. Queda solo Pardiñas. Una bala le abate del caballo y busca abrigo junto a un árbol; con el sable tiene a raya, por un momento, a los contrarios... Tanto arrojo les pasma... Pídenle que se rinda... Deniega con la cabeza... Una lanzada le tiende moribundo...

¡Infeliz Pardiñas! La ficción de victoria que acarició su frente al comenzarse el combate, beso fué; más de la muerte, que ya entonces le diputó por suyo...

## II

Las fuerzas carlistas pernoctaban de nuevo en Valdealgorta la noche que se siguió a la acción de Maella.

—¡No fui yo—saltó rápido el cabecilla—quien salvó la batalla! ¡Otro fué el que nos dió la victoria! Y llamando a un ayudante, le susurró una orden al oído.

Poco después, en la puerta de la habitación en que se hallaban Cabrera y sus tenientes, erguido, cuadrado con marcial rigidez, la derecha mano a la altura de la boina, apareció el oficial de Guías, el héroe de Maella.

—Pasa, muchacho. Aquí a mi lado. Me gusta tener cerca a los valientes. A tí debemos el triunfo de hoy...

—Mi general...

—¡Sí, hombre, sí! ¡Sin tí, no estaríamos aquí ahora... Desde hoy, eres capitán y mi ayudante de órdenes.

Palideció de gozo el oficial.

Los que presenciaban la escena, felicitaron al Joven, que agradeció los cumplidos sonriente.

Adelantó unos pasos.



Corría el vino a discrección. La soldadesca, ébria también de orgullo, comentaba detalles del combate.

En el hogar, junto a alegre fogata, atendían los vecinos el relato de las hazañas de las tropas, mientras que las mujeres cuidaban de los heridos alojados en los aposentos interiores.

En los soportales de la Plaza Mayor sonaban las vihuelas y palillos acompañando las cadencias del baile.

Rodeada de nubes, asomaba la luna su cadavérica faz de astro muerto, burlándose tal vez de aquel jolgorio.

Cabrera, en su alojamiento, recibía felicitaciones y cumplidos. El rostro gatuno del caudillo carlista reflejaba la inmensa satisfacción que el triunfo le produjera. Encabestrillado el brazo, no prestaba atención a las naturales molestias de su herida.

Forcadell, Quílez, Bosque y otros jefes, recordaron la muerte del general cristino.

—¡Bravo hombre! ¡Murió como un valiente!

Torner, aludió a la hombrada de Cabrera.

—¿Deseas algo?—interrogó Cabrera.

—Un favor, mi general. Hace mucho que no veo a mi familia. Una licencia de seis días...

—De diez—le atajó el cabecilla, gozoso de que se le presentase aquella ocasión de complacerle.

—¿De donde eres?—demandó a poco.

—De Bellmunt, general.

—Sí... Lo olvidaba. Tu nombre es Quiquet... Estás un año en filas. ¿No es eso...? A mí, no se me des-pintan mis soldados... Tú estuviste en Cherta y en Morella también; allí te hice oficial... ¿Verdad...? Bueno; mañana saldrán fuerzas convoyando los heridos que marchan a Cantavieja... Te viene al paso... Toma tú el mando de la columna hasta Bellmunt... Llegado allí, te quedas, y pasados diez días, te espero...

## III

Quiquet, al frente del convoy de heridos, dejó marchar su cabalgadura al paso, meciéndose aislado en sus recuerdos.

Mediaba ya la tarde y aproximábanse a Bellmunt. Llegado allí, resignaría el mando, bajando al pueblo.

Ardía en deseos de ver a su familia... Recordaba su escapatoria...

Un año antes, Cabrera, al frente de sus soldados



entró en Bellmunt. Exigió víveres y raciones. Se le dieron. Mientras se proveían las fuerzas, Cabrera y sus segundos descansaron en casa del Alcalde, padre de Quiquet... Allí estaba el muchacho. La vista de las tropas le deslumbró; impetuoso en sus decisiones, quiso seguirlos... ¿Como? ¿Consultar al viejo...? Se negaría... Decidió escaparse.

Cuando, horas después, tocaron a botasillas, ya Quiquet, apostado en el monte, esperaba el paso de los carlistas para marchar con ellos.

Un soldado de las avanzadas gritó anunciando Bellmunt.

Quiquet, adelantóse. Comunicó instrucciones al oficial a quien entregaba el mando. Descabalgó...

#### IV

El tío Juan, el Alcalde de Bellmunt, aborrecía de muerte a los carlistas.

Un año antes, las fuerzas de Cabrera invadieron el pueblo en demanda de vituallas: abastecidas, abandonaron la villa al atardecer. Aquella noche, Quiquet, su hijo mayor, no tornó a casa. ¿Llevaron-le los carlistas? Fué un misterio... Jamás se supo del joven.

Meses después, otra partida, se aproximó al lugar. Esta vez, no se conformaron con víveres tan solo. Requisaron caballos y forrajes y exigieron fondos, más los mozos. Negóse el Alcalde a la última petición... Alguno de la partida le amenazó. Su hijo Juan saltó, pronto, en su defensa; un balazo de uno de los carlistas, tendióle muerto.

Loco el padre con la desaparición del primer hijo, desesperado por la vil muerte del segundo juró vengarles.

Armó a los vecinos: fortificó el pueblo.

—¡Guay de la primera fuerza carlista que aporte-se por allí!

Una tarde el tío Juan, discurría por las inmediaciones del Calvario, a solas con sus recuerdos y sus penas. Ensimismado en su idea, el triste viejo maldecía la tardanza de la suerte en presentarle ocasión favorable a sus deseos. De pronto, su despierto oído percibió lejanas voces, trotes de caballos. Descendióse el retaco pendiente a sus espaldas, se acurrucó entre las jaras y bejucos y espío.

Fuerzas carlistas cruzaban a lo lejos. Por las trazas convoy de heridos. Su dirección no era la del lugar... ¡Maldita suerte, que otra vez se empeñaba en contrariarle!

Súbito, su corazón brincó, batiendo el pecho con ansia. Uno de los carlistas, descabalgaba quedando allí...

—¿Un espía quizás?

Sintió el tío Juan latirle las venas de las sienes con vertiginoso martilleo, y sus manos, crispadas por la emoción, acariciaron el arma que sostenían.

En tanto el carlista, de pie junto a un árbol, miraba perderse en lontananza las siluetas de sus amigos. Después; adelantó...

De nuevo la imagen del rencor cegó al anciano. Lenta, pausadamente, alzó el retaco a la altura de sus ojos. Apuntó con cuidado. Salió el tiro...

El desdichado carlista, herido en el corazón, giró sobre sí mismo, rodando exánime.

Abandonando el viejo su escondite, acudió velozmente...

—El espía, tal vez llevase consigo documentos. Llegó junto al cadáver.

El horror, dilatando sus pupilas, paralizó al tío Juan. Nadando en sangre, asesinado por sus propias manos, reconoció a su Quiquet, al hijo que lloró perdido...

Miróle, idiotizado, unos segundos. Rápido distinguió en el cinto del muerto una pistola. La empuñó febril, ansioso; apoyóla en su sien y apretó el gatillo...

# Las erupciones volcánicas

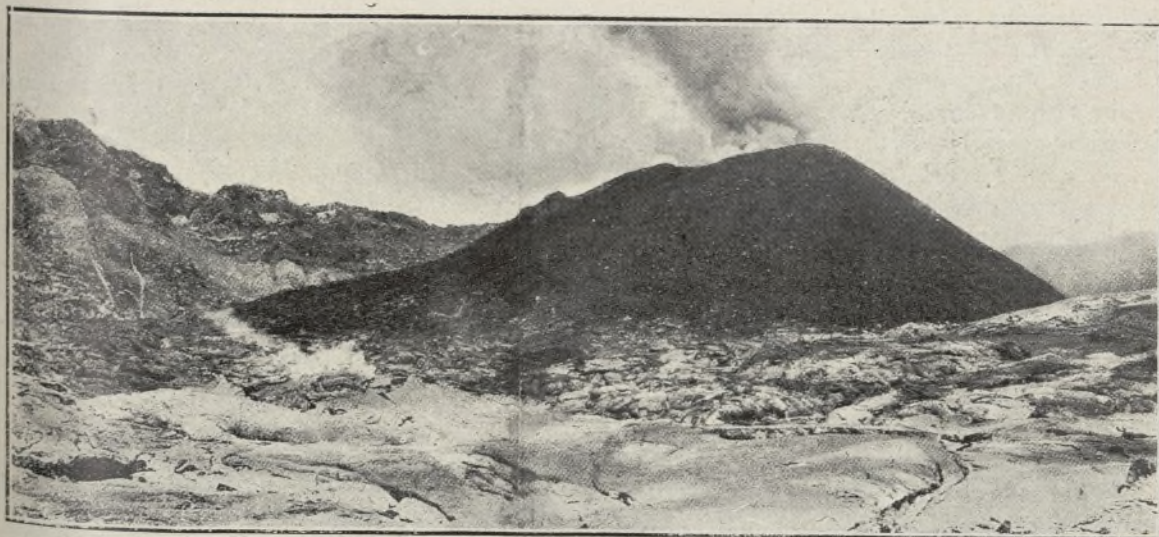
*El Vesubio ha experimentado durante el pasado mes de Julio, un re-crudecimiento de su actividad, amenazando con enterrar nuevamente, bajo sus lavas las ciudades vecinas. Con este motivo han vuelto a ser tema de actualidad y de discusión las teorías volcánicas. ¿Que es un volcán? ¿Cómo y por qué se produce la erupción? Esto es lo que vamos a dar a conocer a nuestros lectores, basándonos en los estudios hechos por los más competentes geólogos.*

## ¿Qué es un volcán?

Un volcán es, en terminos generales, una montaña de forma cónica que ha sido formada con los materiales del interior de la tierra al disponerse en torno del agujero u orificio por donde han salido. Las piedras y cenizas al caer quedan dispuestas en

rocas y los materiales que se oponen a la salida de los gases acumulados en el interior de la tierra, a distancias que a veces llegan a ser de varios kilómetros.

Abierta la boca, las explosiones se suceden unas a otras durante el tiempo de la erupción. Estas explosiones arrastran rocas o lavas finamente desme-



Esta curiosa fotografía muestra el fondo del cráter del Vesubio, entre cuyo mar de lava sobresale el caño de erupción. La vista ha sido tomada desde el interior mismo del cráter.

un cono, que constituye el volcán, con un tubo o chimenea en la parte central, por donde se vierten los materiales de la erupción. El orificio superior de la chimenea, es el *cráter*. A veces no hay un solo cráter sino varios que se abren en las laderas del volcán.

## La erupción

Cuando los volcanes, tras un largo período de reposo, vuelven de nuevo a su actividad, la erupción comienza con una fase violenta de cataclismo.

Se produce una fuerte explosión que lanza las

nuzadas, que al llegar a cierta altura, perdida la fuerza impulsiva, se extienden por la atmósfera en forma de penacho y acaban de difundirse arrastradas por el viento. El conjunto de este surtidor de vapores y materias pulverulentas con su penacho terminal suele llamarse «el pino», porque su forma recuerda la de algunos de estos árboles. El pino del Vesubio, en su erupción de 1906, se levantaba recto hasta una altura de 5 kilómetros sobre el volcán.

Este pino volcánico, sobre todo cuando se le ve de noche, constituye el más imponente espectáculo que la Naturaleza puede ofrecernos, acompañado

del ruido ensordecedor de las explosiones, surcado de aparentes llamas por reflejarse en él las materias incandescentes del interior de la tierra, asiento de descargas eléctricas que le cruzan en todos sentidos, suspende el ánimo del observador más indiferente. Trozos de roca fundida suben por su masa y, o bien estallan en el aire, como colosales cohetes, o bien al caer sobre los flancos del volcán se desgranán en chispas que ruedan por la pendiente.

### Los arroyos de lava

En la mayoría de los casos el fenómeno explosivo va acompañado de la salida de rocas fundidas, a que se da el nombre genérico de lavas. Las lavas pueden surgir desde el principio de la erupción, pero lo más general es que no aparezcan al exterior sino en un período avanzado de la misma y aun que sean la última fase del fenómeno.

Si no son en cantidad muy grande y el volcán tiene cráter bastante amplio, las lavas se limitarán a llenarle más o menos, transformándole en un lago como de pez o resina fundida. Terminada la erupción, este líquido viscoso va enfriándose, acaba por solidificarse totalmente, y obtura así, como un tapón, la chimenea de salida de los gases. Tapón destinado a saltar roto cuando el gas subterráneo acumulado adquiera mayor fuerza expansiva y busque de nuevo su salida al exterior en otra erupción.

Si el líquido que el volcán emite adquiere un volumen mayor, una vez lleno el cráter se verterá por sus bordes formando arroyos de lavas a lo largo de las pendientes exteriores del cono volcánico. Generalmente, antes de que el cráter llegue a llenarse por completo, el peso de la lava le rompe por alguna de sus laderas, por la que ofrezca menos resistencia, y el río ardiente se lanza por la brecha así formada, siguiendo el camino que naturalmente le impone la pendiente del terreno.

Si la cantidad de lava emitida es considerable, el río de materia fundida avanza por el terreno si encuentra un cauce favorable o se extiende por las llanuras como una inundación ardiente.

La velocidad de la corriente es siempre pequeña, aunque variable según la pendiente del terreno y



Arroyo de lava procedente del Vesubio. Esta lava avanza con una velocidad de 10 metros por hora, y, por consiguiente, no ofrece peligro ninguno el hallarse en su inmediatez.

el grado de fluidez de las lavas. En la erupción del Etna, en el año 1865, la corriente lávica se movía con una velocidad de 10 metros por minuto junto a la boca de salida y sólo avanzaba a razón de 3 metros por minuto a los 5 kilómetros de recorrido. Aun hay velocidades muchos menores. En general, no es peligroso estar a unos metros del frente de las corrientes, ni acercarse a los bordes de las mismas para hacer observaciones directas. Así ha podido medirse la temperatura de las lavas, que oscila para el Vesubio y el Etna de 1.000° a 1.100°.

### Como avanzan las lavas

El mecanismo del avance de las lavas es muy curioso.

La porción de lava que está en contacto con el suelo se solidifica por el enfriamiento y forma así como un pavimento de lava sólida sobre el que se desliza la materia fundida. También por la misma causa se solidifica toda la porción superior y lateral del chorro de lava. Se forma así una especie de estuche o tubo de lava sólida, por dentro del cual corre la materia fundida, oculta de nuestra vista.

No se ve, por lo tanto, correr el líquido más que en casos accidentales en que el estuche se rompe por algún punto y deja salir un chorro de líquido viscoso e incandescente que pronto se envuelve de nuevo en su cubierta de piedra negra más o menos fragmentada y movediza.

La corriente lávica interna se acusa por ruidos.

### Fin de la erupción

Así como no suele ser repentino el principio de las erupciones, tampoco es brusca su terminación: las explosiones van haciéndose cada vez menos frecuentes y más débiles, dejan de salir lavas y la actividad se reduce, por último, a la emisión tranquila de vapores calientes. Suelen acompañar también a esta fase terminal la producción de terremotos, cosa bien explicable, pues el hueco que dejaron los materiales arrojados dará lugar a hundimientos de su bóveda y, en general, a movimientos de la corteza para estabilizarse en las nuevas condiciones. Con el transcurso de los tiempos, se llegará a lo que se llama un volcán extinguido.

Volcanes muertos o extinguidos existen por toda la Tierra. Se les reconoce por los restos que puedan quedar de sus cráteres y por la naturaleza de las rocas. En nuestra península existen volcanes extinguidos que aun conservan muy frescos sus conos, cráteres y corrientes, en la provincia de Gerona. En los campos de Calatrava, en La Mancha, también los hay, pero en peor estado de conservación. En otras regiones como en la Sierra del Cabo de Gata, en Cartagena, en Mar Menor, etc., se encuentran grandes extensiones de rocas volcánicas, pero sin que se conserven ya restos del cráter.

EME

pequeñas explosiones, crujidos de piedras que se agrietan, silbidos de gases que escapan por las hendeduras, etc. El extremo de la corriente es un montón informe de fragmento de roca que se va trasladando lentamente en el sentido de la marcha, a la vez que se va desmoronando y rehaciendo. De cuando en cuando, un gran témpano de lava solidificada se hunde en la corriente líquida, haciendo saltar un surtidor de chispas como las que produce el sople del fuelle en el carbón de una fragua. A veces un grieta que se forma y luego se vuelve a soldar, deja ver por corto tiempo, el río interior de materia fundida e incandescente. El espectáculo es más notable, sobre todo, cuando se le observa de noche.

Cuando ha terminado la salida de lavas, éstas forman como un río negro, petrificado, a veces, de muchos kilómetros de longitud. Si el terreno era llano, más que río es un inmenso lago de superficie arrugada e irregular, como si la solidificación repentina se hubiera producido cuando una violenta tempestad encrespaba sus olas. Debajo de esa corteza sólida y negra, incapaz de soportar la más pequeña planta, la lava se sostiene fundida o pastosa durante largo tiempo. No es raro que bastantes meses después de concluida la salida de las lavas éstas sigan exhalando vapores y conserven a poca profundidad temperatura bastante para quemar un palo que se introduzca por sus grietas.

### Glorificación de los héroes de la guerra en Francia



Francia ha glorificado la memoria del Capitán Guynemer «as» de la aviación francesa, inscribiendo su nombre en el «Pantheon» en solemne ceremonia presidida por Mr. Poincaré.

Curiosidades  
de la naturaleza



## EL CAMALEÓN



Es el *Camaleón* un pequeño e inofensivo reptil, que en su aspecto general y aun en su color, puede traer a la memoria como una a modo de reducida caricatura del rey de las selvas, por lo que sin duda, los antiguos le bautizaron con el nombre de «León que se arrastra» o «*Camaleón*».

Se encuentra en todas las regiones cálidas, excepto en las australianas, y de las treinta especies que se conocen, es digna de señalarse el cornudo, propio del interior de Africa, en la que el macho ostenta dos cuernos insertos en el eje de la frente y de una longitud como de un tercio de la total del bichejo.

En las costas mediterráneas, principalmente en las españolas de Andalucía, existe, aunque abunda menos que antes el *Chamaleón vuloparis*, al que los campesinos suelen dejar vivir tranquilo en sus chozas, porque destruye una considerable cantidad de insectos y casi agota las moscas.

Se recordará que irónicamente son comparados a este animalejo, los políticos que cambian de ideas con facilidad.

En efecto, es cierto que el camaleón cambia de color cuando quiere, aunque no hay que creer que toma a voluntad todos los colores del arco iris.

No es eso; está dotado de la preciosa facultad de adoptar un color en analogía con el medio ambiente en que se encuentra, como un modo de defensa, disimulando así su presencia para el enemigo que pudiera atacarlo, y aun para los insectos de que se alimenta y pudieran huirle.

Si está sobre una roca, se convertirá en grisáceo, amarillo o pardo, y si se agazapa en un matorral, aparecerá verdoso como la hoja.

Depende esta propiedad, de que está cubierto por una piel muy complicada, compuesta de dos capas diferentes de pigmentum recubiertas por una epidermis muy tenue y traslúcida.

Estas dos capas son móviles y pueden superponerse una a otra. La superior es amarilla, y parda la segunda, más o menos pronunciadas.

Contrayéndolas o extendiéndolas es como el animal cambia en todo o en parte su color instantáneamente.

Tiene otras particularidades, como sus patas, provistas de cinco dedos armados garras; estos dedos se disponen en dos partes: dos y tres dedos constituyen una verdadera pinza o tenaza de dos ramas, que le sirven para aferrarse a la rama de un árbol, vertical u horizontal, pudiendo permanecer inmóvil largas horas.

También consolida ésta o cualquier posición, la facultad de poder enroscar la cola, con la que también se agarra fuertemente a las ramas.

Pero lo que le da una singularidad en la creación, es la lengua que es monstruosamente larga y la desarrolla instantáneamente como si fuese movida por un resorte.

Merece ser descripta con alguna detención.

Constituye el arma de ataque sin la que ayunaría la mayor parte de los días, porque no tiene la agilidad del lagarto u otros animales para cazar moscas o cualesquiera insectos.

La lengua del camaleón, que ordinariamente tiene como los demás dentro de la boca, se estira en el momento preciso hasta alcanzar casi tanta longitud como la de su cuerpo.

Cuando tiene cerca la presa, abre nuevamente la boca y de repente, con la rapidez del rayo, la lengua, cual una cinta de acero, adelgazándose notablemente cae sobre el insecto que instantáneamente queda preso por una especie de materia viscosa que escupe su extremidad, líquido que puede recordarse a la pez.

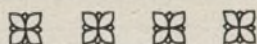
Al contrario que en la generalidad, la punta de esta lengua está ensanchada y además lleva un huecico del que expide la liga referida y donde queda la caza en camino del estómago.

El desarrollo de la lengua es tan ligero, que es capaz a la capacidad de la vista humana, y únicamente se ha podido observar con el auxilio de máquinas fotográficas instantáneas muy perfectas.

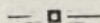
# PÁGINAS DE ARTE



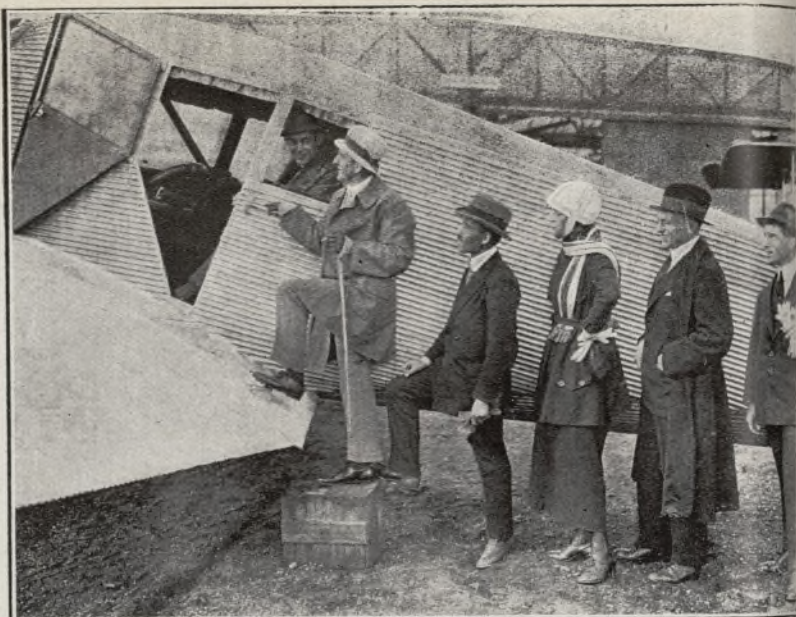
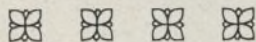
El mundo da vueltas... por E. SERRA.



Cosas de la  
aviación



## Los puertos aéreos



En los modernos puertos aéreos se toma el aeroplano como antaño se tomaba el barco que nos había de conducir a regiones lejanas y desconocidas.

Una de las principales cuestiones de la aviación es la del aterrizaje o amerrizaje. Principalmente en el mar, es donde mayor importancia tiene la cuestión, y se busca el conseguir que el hidroavión pueda mantenerse en el agua durante algunas semanas o por lo menos varios días.

El casco de que está provisto para que pueda flotar, es ligero y de madera, a fin de que no constituya un peso muerto desastroso para su acción. Pero esa madera sometida demasiado a la acción del agua, se deformaría y se desencolarían sus piezas dando lugar a vías de agua, y el aparato no podría continuar flotante, y además de quedar inutilizado el casco, vendría éste con su deformación, a ser un serio estorbo en el vuelo.

Si a los hidroaviones se les pusiera el casco de aluminio, no ocurriría eso; pero no podrían flotar sino en agua dulce, porque el agua marítima lo ataca enérgicamente.

Ha sido preciso, por tanto, experimentar el casco de acero, si bien no está todavía admitido y generalizado, en espera de alguna otra solución que no implique tanto peso.

### Cómo se saca el avión del mar.

También hay que pensar y se ha pensado en el garage en tierra para la reparación y aun para la explotación de los hidroaviones. Con los aparatos pequeños y ligeros resulta sencilla la operación de sacarlos a tierra; pero con los grandes y que pesan varias toneladas ya es más complicada y difícil, según las circunstancias locales.

Si se trata de un puerto marítimo dotado de los elementos propios de ellos, podrán utilizarse sus grandes grúas capaces de elevar al avión sobre el agua y colocarlo encima de un camión.

Sin embargo, no es práctico este método, considerando la dificultad de enganchar el aparato al cable en uno o dos puntos y que su armazón no está dispuesta para resistir ese esfuerzo.

En ciertos sitios, es posible emplear planos inclinados llamados *slips*, que entran bajo el agua y por los cuales pueden marchar los carros portaaviones, en los que se carga y descarga sin dificultades. De todos modos, los aparatos pesados no se manejan fácilmente aquí tampoco. No hay que perder de vista que los *slips* suponen grandes trabajos porque exigen longitudes de miles de metros.

Otra solución que se ensaya es el empleo de docks flotantes, análogos a los que sirven para las reparaciones de barcos, pero que tomando lastro de agua se sumergen y colocan debajo del hidroavión que queda en este astillero al volver a la superficie por haber expulsado el agua que tomó.

### Los aviones anfibios.

Otro punto interesante ha preocupado a los constructores, y es, que los aviones son terrestres o marítimos, es decir, que unos pueden levantar el vuelo desde tierra y otros desde el mar, pudiendo quedar inermes, si un accidente los conduce a posarse en el medio contrario.

Al efecto, han ideado lo que pudiéramos denominar avión anfibio.

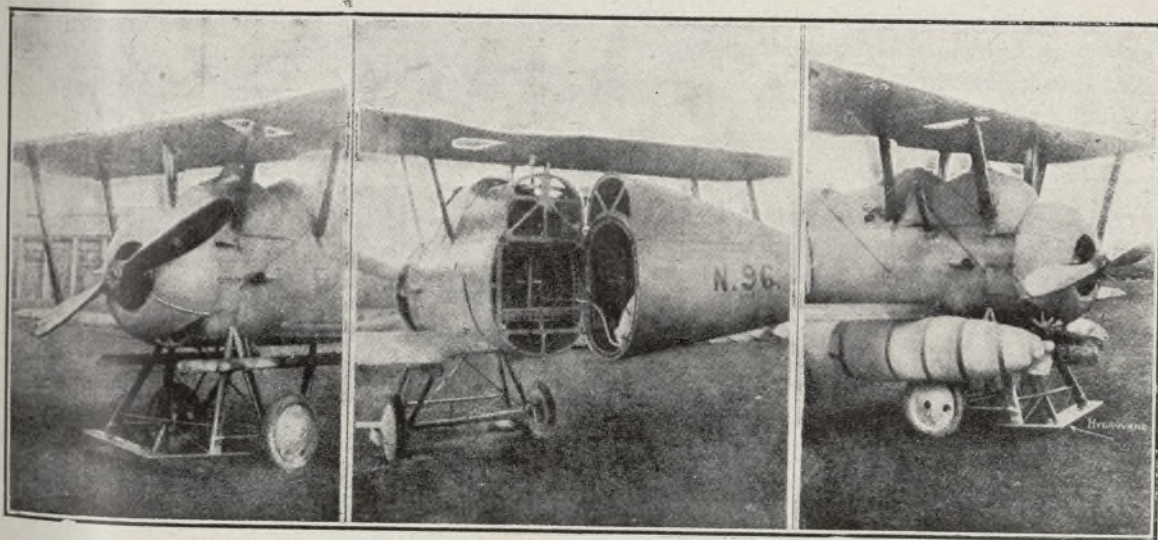
Adoptar ruedas al hidroavión, dispuestas de modo que se levantan hasta más arriba de la línea de flotación, y se bajan hasta que contactan con el suelo, pudiendo rodar por él y hacer transportable el aparato en tierra, como el casco normal les permite flotar en el agua.

El mecanismo que rige estas ruedas no es complicado: un volante y un tornillo sin fin en el sector en que van montados. El aumento de peso que significa el dotar a los aviones de casco y de ruedas, aumentando también la resistencia en el vuelo, es un gran inconveniente; pero las ventajas que se vislumbran en el sistema, hacen esperar que será per-

cos especiales, en escuadras formadas por cruceros ligeros y submarinos, en combinación con flotas aéreas.

Realizadas experiencias, se ha obtenido la conclusión de que los aviones porta bombas y porta torpedos son armas ofensivas y defensivas infinitamente más potentes que los acorazados, y mucho menos onerosas.

En los grandes centros técnicos navales se preguntan si es cosa de pensar en flotas aéreas de alta mar y suprimir esos mastodontes de acero que pueden ser destruidos por un torpedo arrojado por un avión.



Los aviones de tipo comercial pueden abrirse para cargar de esta manera las mercancías que habrán de transportar. Llevan un doble juego de ruedas y flotadores para poder descender en caso de avería lo mismo sobre la tierra que sobre el agua.

feccionado y que no tardarán en ser anfibios todos los aviones.

Entonces no temerán los de tierra fondear en el mar forzosamente, ni los de agua aterrizar, y éstos, podrán en orillas de pendiente suave, salir ellos mismos del agua e ir a buscar el hangar.

Tal vez, por otra parte, los futuros puertos aéreos contengan alojamientos para los aparatos, al modo que los puertos militares los tienen para los submarinos. Esto, en el caso de adoptarse los cascos de acero y que los hidroaviones permanezcan en el agua, salvo para someterse a reparaciones.

#### Los aviones auxiliares de las escuadras.

El desarrollo de todos estos estudios y ensayos, se encuentra frente a frente con dos partidos: uno que opina que el porvenir militar es de las grandes flotas de alto bordo, y otro que lo funda en los bar-

Las ventajas quedan, sin embargo, muy reducidas por la escasez relativa del radio de acción de los aparatos voladores.

Por otra parte, a una escuadra para librarse del enemigo del aire, le bastaría alejarse de las costas o de los puertos aéreos unos cientos de kilómetros.

Contra esto los partidarios de la táctica aérea preconizan los puertos aéreos flotantes, capaces de acompañar a las escuadras de combate, a fin de que los aviones puedan cooperar en las batallas de alta mar.

Preludio de esto pudo considerarse el atrevido ataque de los ingleses al puerto de Kiel, para el que llevaron los aviones a las costas alemanas en barcos especiales.

Se discute mucho, sin estar aún decidido, lo que conviene hacer, aun teniendo presente que podrían dirigirse torpedos mediante la telegrafía sin hilos

desde un avión que dominara el combate a una altura que le tuviera inmune.

### Puertos aéreos flotantes.

Para obtener de los puertos aéreos flotantes las ventajas necesarias, había que vencer obstáculos insuperables al principio y que van venciendo ya. Entre ellos está la salida y el retorno del avión.

La solución más sencilla con respecto a los hidroaviones, que pueden posar en el mar y alzar el vuelo desde el agua, consiste en el uso de grúas que los eleven y desciendan del buque puerto. Pero sobre otros inconvenientes, hay el de que tales operaciones son demasiado arriesgadas en cuanto la mar está un poco agitada. Se acudió a la construcción de aviones muy ligeros, sin casco, que lanzados al aire fuesen los exploradores para las escuadras, tanto del aire cuanto de superficie. Creáronse plataformas incluso encima de la misma artillería del barco, en las que el avión sumando su velocidad a la del navío, siempre que ambos fuesen en el mismo sentido y cara al aire, podía arrancar a volar, aun con cierto riesgo. Muy pronto se acudió al lanzamiento por catapulta, que da, al parecer, resultado excelente. De todos modos, y sin olvidar que se agravan las dificultades cuando se trata de aparatos grandes y pesados, lanzabombas o lanzatorpedos, es el caso, que no se resuelve el problema del retorno del pájaro mecánico.

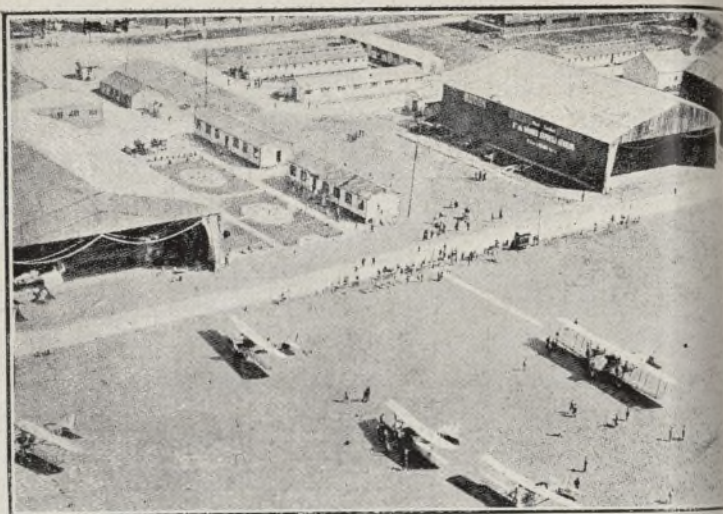
Al fin se ensaya el puerto aéreo móvil construido desde luego para tal servicio. Comprende los compartimentos en que van instalados los aviones, los talleres, los depósitos de municiones y el alojamiento del personal. Una gran plataforma cubre todo el navío, a la que los aviones son elevados desde los paños, por ascensores poderosos.

### Pistas en los barcos.

En la plataforma, una pista apropiada, en combinación con la velocidad del buque, la del avión, la dirección del viento, etc., da lugar al arranque del vuelo en buenas condiciones.

Estas mismas combinaciones bien aprovechadas ocasionan la posibilidad de que un avión en vuelo se mantenga muy bajo sobre el buque porta aviones y por lo tanto, que se pose sobre su plataforma, quedando así resuelta la cuestión del retorno.

Claro es, que en estas teorías no se tienen en



He aquí el aspecto interesante que ofrece un moderno puerto aéreo cuando se hallan pronto a salir los aviones que constituyen la flota de los grandes expresos aéreos.

cuenta los elementos perturbadores que complican estas maniobras, como el balanceo y las cabezadas del barco, así como las dificultades que puedan oponerse a que se coloque al hilo del viento.

Además, el casco de un buque es un espacio reducido y no puede aspirarse a que conduzca sino un leve número de aviones, porque las costillas en el interior, como los tabiques, impiden amplitud para maniobrar y utilizar los ascensores.

Sobre todo esto, los marinos demandan a los constructores que fabriquen aviones plegables.

Los aviones desmontables rápidamente, son en particular los monoplanos, cuya única ala puede, mediante pernios, levantarse. Pero no es aplicable esto a los aviones grandes, que son en general biplanos.

El desenvolvimiento de los buques porta aviones es al parecer una buena vía de progreso.

La técnica aérea está en plena evolución, en constante avance, y es natural que los actuales puerto-aéreos sufran el contragolpe.

Hay que esperar, entre otras cosas, que cambien las maniobras de aterrizaje y de salida del agua de los respectivos aparatos, que acaso lo hagan a velocidades reducidas, en superficies variables y con incidencia variable también.

¿Quién sabe, si podrán tomar tierra en las más mas poblaciones, en plataformas utilizadas para el tránsito; si los pannes de motor no existan y los ferrenos de socorro se supriman!

Nuestros descendientes no se extrañarán de nada de eso, como nosotros no nos extrañamos de los ferrocarriles subterráneos, que hace cincuenta años nadie osó sospechar.

## LA EXPLORACIÓN DEL INTERIOR DE LOS MARES

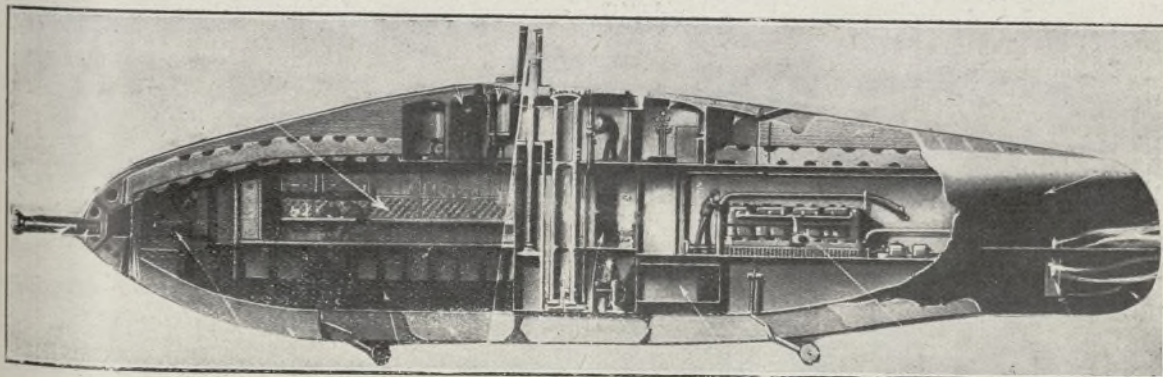
### El submarino de Lake.

Entre los infinitos lectores de las maravillosas novelas de Julio Verne, H. Simón Lake, impresionado, al parecer, cuando contaba diez y seis años por la de *Veinte mil leguas de Viaje Submarino*, con una constancia y sabiduría loables, llegó a convertir la fábula en realidad y a encarnar positivamente el famoso *Capitán Nemo*, no ya con un buque vino con una verdadera flota de barcos submarinos,

En la bahía de Chesepeake (Batimore, Norteamérica) vióse un día del año 1894, sobre la arena de

### Bajo el agua del mar.

Hizo entrar los remos que le sirvieron para el avance en la superficie, sumergiéndose merced a un fuego de lastre de agua regulado por una pequeña bomba. Una vez bajo el agua comenzó a surtir de aire respirable, mediante un recipiente destinado a la fabricación de soda-water y al que él mismo eleva a la dignidad—son sus palabras—de depósito de aire comprimido; a los cinco metros de profundidad, tocó el fondo la chalupa submarina y entonces el inventor pone en movimiento las ruedas.



El submarino moderno del sistema Lake, con ruedas para recorrer el fondo del mar, se halla construido en forma que permite soportar las grandes presiones a que está sometido durante sus exploraciones por el fondo del mar.

la playa, que una extraña máquina, avanzaba mal que bien, en dirección al mar. Era una especie de armazón de madera, de forma de paralelepípedo, terminando por delante en ángulo agudo.

Descansaba sobre tres ruedas, de las que la delantera se formaba con dos gemelas unidas. En el centro y en la parte superior del artefacto se formaba una capota en la que se veía metido, pero con el busto fuera, al joven y rico Lake guiando sonriente su carromato.

Siguió avanzando hacia el ancho mar, entró en el agua y flotó como un paico, continuando su avance. Simón Lake cerró la capota, quedándose dentro, y súbitamente la chalupa se sumergió y desapareció.

En el interior, Simón Lake maniobraba como podía en aquella incómoda capa de 4'50 metros de longitud por 1'35 de ancho y 1'60 de alta.

Sobre el lecho legamoso de la bahía, el automóvil submarino avanza, retrocede, va y viene ... hasta que al fin, expulsado el lastre de agua, la máquina sube a la superficie y flota nuevamente.

La *calesa* sumergible, como por escamio la llamaron algunos humoristas, hizo sus pruebas con buen resultado.

El inventor lo bautizó con el nombre de *Argonáuta Junior*.

El entusiasmo reemplazó a la ironía; y como además Lake ha comunicado a otros el fuego sagrado y la firmeza de resolución de que él estaba animado, se constituyó la *Lake Submarine Company* bajo los auspicios de una sociedad financiera, en New Jersey.

Simón Lake disponiendo de dinero, encarga a una entidad constructora su primer verdadero automóvil submarino, el *Argonáuta I*.

## UNA VISITA A LOS PRISIONEROS EN AYDIR



Grupo formado por oficiales y soldados.



Grupo de soldados en Aydir.



El campamento de Aydir. En primer término se ven los centinelas moros que vigilan el camino por donde se permite pasear a los prisioneros.



El periodista D. Luis de Oteyza con el general Navarro, el coronel Araujo y los oficiales aviadores.



Abd-el-Krin en conversación con el periodista D. Luis de Oteyza que visitó el campo enemigo.

Fots. Alfonso.

Este fué experimentado en 1898, y se trataba de un verdadero buque de acero, de 11 metros por 2'80, con un motor de treinta caballos, una dinamo, un lastre de agua y una máquina de aire comprimido.

### Un submarino con ruedas.

La gran originalidad de este barco era el ir provisto de fuertes ruedas, no de madera como el *Junior* sino metálicas, mediante las que el barco en el fondo del mar, se trasladaba y movía como un verdadero coche automóvil.

Además, a imitación del *Nautilus* de Julio Verne, tenía un cedazo de aire comprimido, con puerta y esclusa, para la salida y entrada de los buzos.

El motor de gasolina podía a voluntad embragarse a la hélice para la navegación en la superficie y entre dos aguas, o en las ruedas para la circulación en el fondo del mar.

No había ningún órgano especial para la inmersión. Bastaba hacer entrar el agua en los depósitos y recoger los plomos anclas que servían de guías, descendiendo entonces el buque. Un tubo flexible llevado por un flotador montado en la superficie suministraba aire al motor.

Tripulado por cinco personas el *Argonauta I*, paseó cien veces por los blandos fondos de la bahía de Cheseapeake y por los terrenos duros de los de la de Nueva York.

Recorrió 2.000 millas marinas, cerca de 4.000 kilómetros sobre el lecho del mar, desafiando en sus idas y venidas, y sin apercibirse de ella, la furiosa tempestad que en Octubre-Noviembre del 98, lanzó contra la costa doscientas embarcaciones en aquellos pasajes.

### Julio Verne y Simón Lake.

Julio Verne entusiasmado al conocer todo esto, telegrafió a la prensa americana diciendo:

«Aunque mi libro *Veinte mil leguas de Viaje Submarino* sea enteramente una obra de imaginación, estoy convencido de que todo lo que he dicho se realizará. La campaña del submarino de Batimore es la prueba de ello. Presentase el más amplio horizonte a los buques submarinos».

Era esta la consagración oficial. El gran novelista, reconocía en Simón Lake a su Capitán Nemo.

Tras este triunfo, acometióse la construcción del *Argonauta II* que fué un verdadero y real *Nautilus* lanzando a la conquista del mar.

Su tamaño era muy poco mayor que el del anterior. Disponía de veintiocho horas de aire respirable; de teléfono que le comunicaba con el exterior, y de dispositivo para que por sus costados salieran y entraran los buzos cuyo primer equipo dedicó

Lake a la explotación del fondo del mar donde tantas riquezas hay perdidas.

El gran éxito de este nuevo barco originó la inmediata construcción de *El Protector* botado el último año del siglo anterior.

Tenía 20'50 metros de longitud, 4'30 de latitud y 3'60 de altura. Provisto de dos hélices, en cada árbol un motor eléctrico de 50 caballos y un motor de gasolina de cuatro cilindros y de 120 caballos de fuerza.

En la superficie su andar era de diez nudos y de cinco sumergido. También tenía tres tubos lanzatorpedos.

El problema soñado por Julio Verne quedó realizado por Lake esta vez, puesto que la explotación metódica y científica de las riquezas perdidas en el fondo de los mares y la de las plantas y peces marinos, estaba emprendida.

Sin embargo, no llegaba Lake a disponer del fana! extraordinario con que Nemo se guiaba en los profundos abismos submarinos, que aun permanecen insondables.

### Las exploraciones del fondo del mar.

De 1902 a 1911, continuaron las construcciones botaduras y experiencias. Rusia encargó a Lake cinco barcos tipo *Protector*.

Constituyó también un tipo de yacht que en 1904 llamóse el primero *Lake X* y en construcciones sucesivas se llegó al *Lake* de 500 toneladas, 49 metros de largo, 14 nudos de velocidad en superficie y 9'50 en inmersión y de 6.000 hilómetros de radio de acción.

Continúan siendo las ruedas la característica para el movimiento en el fondo.

Durante la guerra Lake no ha dejado de construir y progresar. Posée una verdadera flota submarina, de la que cada barco está dispuesto para una determinada explotación. Tal para la busca de objetos perdidos, tal otro para la pesca de ostras; este para navegar sobre el hielo, y este otro para la recogida de peces, algas, plantas etc., cada uno dotado de aparatos adhoc. Con un sistema inventado por el mismo Lake, que consiste en que cuando se llenan los depósitos en que los buzos van echando los objetos plantas o la pesca, automáticamente suben a la superficie donde los remolcadores los recogen.

El almirante de esta flota especial y única ha escrito un libro *El submarino en la guerra y en la Paz* en el cual cuenta la enorme aventura de su propia vida, su rudo trabajo de adolescente, sus investigaciones de hombre y por fin su triunfo.

## Un método para reconocer e identificar las balas

La actualidad nos impele a exponer los métodos, nuevos y poco conocidos, que emplean los técnicos para estudiar las heridas por arma de fuego.

De una manera general, he aquí los dos casos típicos que se presentan:

1.º Una bala que ha sido recogida por los agentes de la Policía en el lugar del crimen o que ha sido extraída del cuerpo de la víctima en el curso

ta de fusil, carabina, revólver o pistola automática.

Una vez hecha esta primera selección, queda que caracterizar entre las dos, tres o cuatro armas de la misma categoría y calibre en que esté la duda, la que ha tirado la bala o expulsado el casquillo en cuestión.

El microscopio entra ahora en funciones, y va a permitir identificar las huellas dejadas en la bala o en el cartucho, por las superficies de frotamiento o de choque.

Estas señales se encuentran, en efecto, idénticas en todas las balas o casquillos que emanan de la misma arma; son debidas a los finos rayados existentes siempre en ciertas piezas metálicas, a las cuales el armero forja inútil dar un pulimento perfecto. Por ejemplo en los huecos interiores del fondo del cañón, en las extremidades del percutor, del gatillo de expulsión y del botador que hacen presión en el proyectil.

Para fijar las ideas: supongamos que se encuentran en la autopsia una bala de 7'5 mm. de calibre, de forma cilíndro-cónica y revestida de una camisa de níquel. Proviene de un revólver o de una pistola automática.

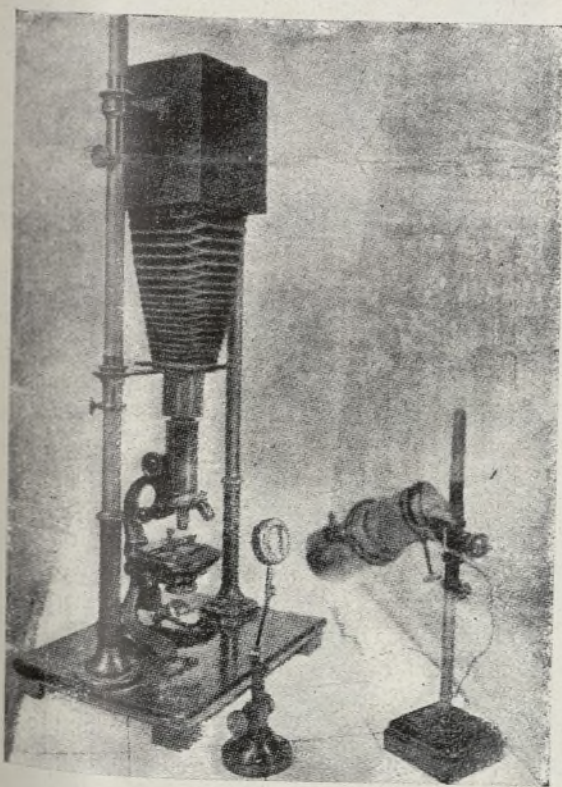
¿Con cuál se ha matado?

A fin de saberlo, el experto empieza por tirar varias balas con cada arma tomando por blanco sacos rellenos de trapos o de guate, de modo que los proyectiles no reciban ningún arañazo ni sufran ninguna deformación. Luego, marcando las balas con una señal que diga el arma de que procede las revuelve todas.

Después de estas operaciones preliminares, he aquí cómo se procede para distinguir los proyectiles entre sí, sin preocuparse de señales más o menos ciertas.

Se colocan las balas en un pequeño soporte, que provisto de un resorte, las mantiene convenientemente, pudiendo orientarlas a voluntad cuando se las dispone en la platina de un microscopio. Haciendo girar a una rueda filetada, el observador puede presentar sucesivamente al objetivo todas las estrias o surcos rayados en el proyectil por las asperezas helicodales del cañón.

Al fondo de estos surcos, iluminados por una lámpara potente montada al lado, se aperciben las rayitas provenientes de los defectos de pulimentación a que antes hemos aludido.



Aparatos para fotografiar las balas con ampliaciones de 10 a 20 diámetros.

de la autopsia. Se trata de establecer con certeza el arma que ha disparado el proyectil.

Según las simples huellas del tiro (manchas, parcelas metálicas dejadas por la bala, incrustaciones producidas por la deflagración de la pólvora en la piel, la tela, la madera, una pared etc.), reconocer la naturaleza de la pólvora, el género de la bala y por consiguiente el modelo del arma utilizada.

Las primeras comprobaciones relativas al calibre y a la forma, se hacen seguramente sobre la misma bala, de donde se deduce inmediatamente si se tra-

Estas asperezas forman frecuentemente un conjunto que presenta una fisonomía bastante singular, para que se le reconozca inmediatamente en todas las balas del mismo origen. Pero para poder distinguirlas hay que emplear una potencia lumínica especial.

Se proyectó sobre un haz convergente, que bajo una incidencia bastante fuerte, pone de relieve la traza del rayado, mediante las sombras proyectadas,

Otras veces, se hace uso de un dispositivo que recuerda el de los metalógrafos, que consiste en iluminar las estrías según el eje del objetivo.

La mayor parte del tiempo del examen al microscopio se emplea en tomar una micografía destinada a ser incluida en los autos judiciales. Se obtiene mediante una cámara Nachet ajustada sobre dos pies verticales de manera que pueda colocarse a alturas variables. El microscopio se encuentra colocado sobre una plancha que sirve de base al aparato y un resorte móvil le asegura a ella. De manera que se puede efectuar la iluminación del objeto estando separada del microscopio la cámara obscura.

Pero ocurre a veces que el axamen microscópico o micográfico así practicado no permite afirmar si la bala en cuestión sale o no de la pistola considerada. Para evitar las dudas se yuxtapone de cualquier modo la superficie desenvuelta de cada bala y comprobar la coincidencia o la diferencia de los dibujos. En los laboratorios de identidad judicial se opera de las dos maneras.

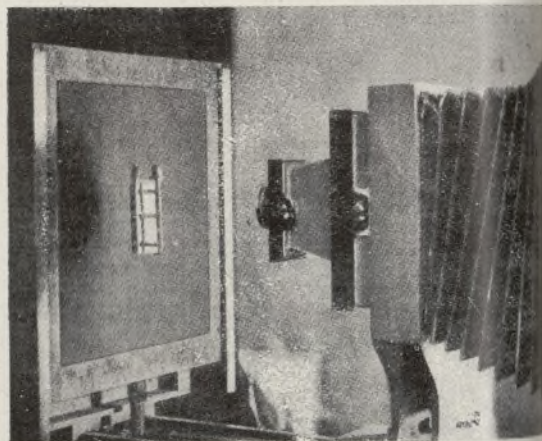


Para efectuar la fotografía que permite identificar las balas, se saca antes una imagen de sus huellas sobre cera u otra materia plástica.

En el primer método por medio de un dispositivo conveniente y de un objetivo de largo hogar se fotografía sobre la misma placa bajo una ampliación de diez o veinte diámetros, las dos balas que se comparan. Por un aparato de prehensión (que difiere únicamente de los ordinarios en que tiene dos cajas en vez de una) se oponen los proyectiles

por su base y se comparan las rayas de las unas con las otras.

El segundo procedimiento es puramente mecánico. Consiste en tomar una parte de la superficie de la bala apoyando ésta fuertemente sobre una placa de materia plástica y haciéndole girar enseguida alrededor de su eje.



Las huellas de la bala también se fotografian con aparatos potentes que permiten apreciar los menores detalles.

Como substancia maleable se emplea una hoja de estaño. Se puede entonces sobre este diagrama hacer medidas microscópicas y las yuxtaposiciones harán llegar a una conclusión. Frecuentemente también se fotografian los moldes así obtenidos.

Pero independientemente de la identificación de las balas y de los casquillos, la justicia se cuida siempre de conocer los caracteres de los heridos de entrada o salida de los proyectiles al nivel de la piel así como los trayectos de las balas en los principales órganos. Ciertas señales facilitan en cada caso la tarea de los expertos. Efectivamente un tiro disparado a corta distancia determina en la piel una aureola de forma y coloración variables. El aspecto del orificio y de los alrededores de las heridas difiere según la naturaleza de la pólvora, y la composición de la bala la distancia en que la víctima estaba de su agresor, el género del arma la oblicuidad del tiro en la dirección del cuerpo alcanzado, etc.

Este *tatuaje* es preciso para esclarecer las circunstancias de un crimen, distinguir las pólvoras negras de las piroxiladas o sin humo. Por ejemplo se encuentran fragmentos de pajitas cuadradas y minillas plombajinadas alrededor de las heridas producidas a corta distancia por pistolas automáticas en las que se carga ordinariamente los cartuchos con la pólvora T. nitrocelulosa y plombajinada.

## DEL MUNDO DE LOS DEPORTES

# LA CARRERA DE LOS SEIS DÍAS

A primera vista, y a los profanos, parece una brutalidad los concursos o carreras ciclistas de la llamada prueba de los Seis Días; y no hay que decir, el juicio que se forma de los concursantes.

Sin embargo, bueno es estudiar la cuestión para juzgar con acierto.

Nacieron estas pruebas en América del Norte, donde son tan aficionados a lo gigantesco y extraordinario; pero el lamentable espectáculo de los hombres que quedaban tirados en la pista, los desfallecimientos y alucinaciones gravísimos que se originaban, dieron lugar a que las autoridades intervinieran, prohibiendo tan bárbaro deporte que exigía a los corredores esfuerzos sobrehumanos.

Pero como esto constituía magníficos negocios industriales, los organizadores hallaron el modo de obviar la dificultad. Decidieron hacer correr

concedía al primero que alcanzaba la meta, después de las 144 horas; pero se vió que el sistema no era muy justo, porque podría suceder que otro mejor corredor estuviera descansando a la última hora, y perdiera lo que a su merecimiento le correspondía.

Se ha corregido este defecto, haciendo disfrutarse varias series de *sprints* todos los días para hacer después la clasificación por puntos.

Los dos hombres de cada equipo, se reemplazan a su gusto y como estiman que más le conviene. La única condición es que uno de ellos esté siempre en pista. Entre tanto, el otro descansa en su cabina. Estas cabinas están provistas de colchones y de todo lo necesario para que los corredores puedan en ellas comer, dormir, asearse, y, en fin, vivir los seis días con relativa comodidad y hacer que les den los masajes y asistencias convenientes.

Cuando se está bien preparado, puede afrontarse esta clase de prueba con tranquilidad; pero, ¡ay, del que haya descuidado su preparación, que sufrirá un verdadero calvario!

Necesítanse varios meses de entrenamiento; sobre todo los dos últimos han de ser muy metódicos.

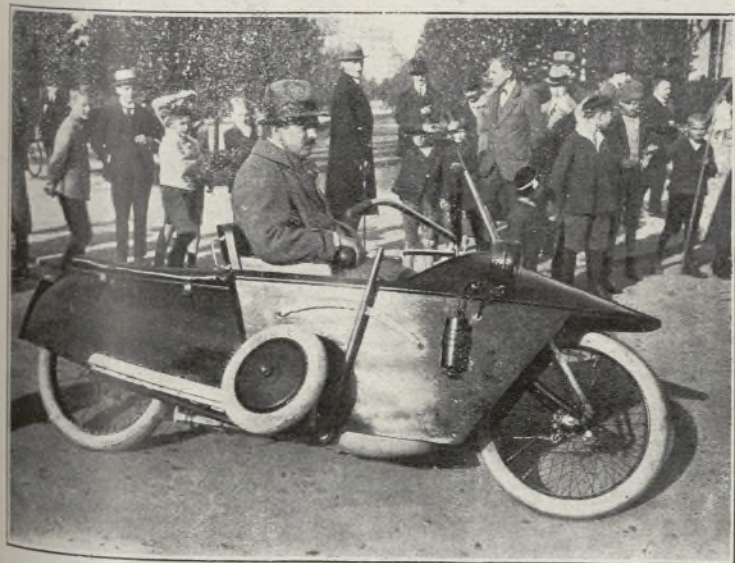
Conviene no privarse del sueño, bajo el pretexto de que en la carrera no tendrán gran descanso y deben adquirir hábitos. Eso es una locura. El ideal es dormir doce horas diarias, para poder ir perfectamente descansado y plétórico de energía.

Deberá, en cambio, ejercitarse y estar sobre la máquina de ocho a once de la mañana en camino, y de dos a cinco de la tarde en la pista; pero sin ensayar medios extraordinarios.

Un mes antes de la prueba, deberá abstenerse de todo exceso y de cualquier enervamiento. La moral ayuda a los músculos y hay que ir con el organismo intacto.

Véase que esta es una vida de martirio; pero sana.

Se necesita también valentía para no sucumbir



Los deportistas hallan todos los días nuevos vehículos en qué satisfacer sus aficiones de velocidad. He aquí una motocicleta cuyas ruedas de costado, que se bajan automáticamente al disminuir la velocidad, aseguran en todo momento el equilibrio del vehículo.

equipos de dos ciclistas que se reemplazaran a voluntad. Así han renacido esas pruebas que se realizan en muchas ciudades, viéndose a más de un corredor tomar parte en tres o cuatro en un mismo año, lo que demuestra que el esfuerzo ahora en los Seis Días no es tan insuperable.

Durante no escaso tiempo, la recompensa se

bajo los sufrimientos de la prueba a que voluntariamente se somete el corredor. Las primeras doce horas se pasan con rapidez y sin sentir molestias; a las veinticuatro es cuando se experimentan los primeros desfallecimientos serios.

El cansancio es general, extendiéndose a todo el sér y haciendo forzosamente al hombre quejarse; pero debe resistir con valor las tres o cuatro horas que dura esta depresión, tras la que, súbitamente, vuelve la calma.

El segundo día se pasa mal que bien, el tercero es el más duro, es el del sufrimiento terrible y repentino, localizado en cualquier parte; ya en las articulaciones, ya en el estómago... Con masajes eléctricos y aire caliente, se combaten bien estas rudas desazones. Deben atenderse al comienzo, antes que se apodere el mal del organismo.

Es muy común que se presente la inflamación de las rodillas, que sino obedece a los fomentos de agua caliente se acudirá al cloroformo.

Siempre es bueno usar rodilleras. La afección del estómago no ha de desalentar tampoco. Se sienten náuseas y horror a la comida. Tómense caldos, sopas de féculas, de avena... no se tome nada excitante y a las diez o doce horas el estómago recobrará su normalidad.

Ningún sufrimiento es mayor que correr en la pista bajo la acción de este estado físico.

A partir del cuarto día todo vuelve a ir siendo normal, restableciéndose las uncciones de los órganos lastimados, que ya se han acostumbrado a la nueva vida. Sin embargo, de vez en cuando se sienten desfallecimientos que no duran más que hora y media o dos horas.

En los claros en que el corredor se siente fuerte, tampoco debe abusar haciendo esfuerzos extraordinarios que sólo le conducirían a un desgaste que después le perjudicaría. Pues no debe perder de vista que el esfuerzo ha de dosificarse y que todo contribuirá al resultado final.

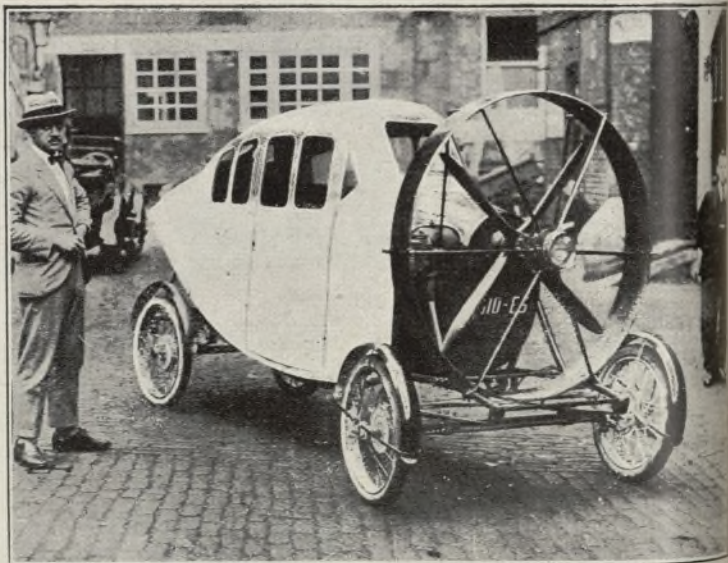
El quinto día parece fácil; es como una segunda naturaleza, y el sexto se siente como la querencia del caballo hacia la caballeriza y esto da alas al ciclista.

En cuanto a la táctica, podría escribirse mucho. Por lo pronto, hay que decir, que los ardides son múltiples.

Los novatos que desconfían de que sus rudos

competidores les dejen libre el campo, no se atreven a abandonar su puesto, ante el temor de lo que pueda suceder, y no sucede nada. Pero los astutos competidores aprovechan el tiempo para reponerse del consancio y aparentan ser fáciles de vencer cuando están en mejores condiciones. O bien los ayudantes o asistencias, vienen confidencialmente a decirles que su equipo va a intentar un gran empuje con tal o cual grupo, y suelen proponer a los cándidos que se unan a ellos, no sin advertirles que es preciso dejar a los suyos arrancar los primeros.

En uno de estos concursos, en que un gran co-



Automóvil de hélice construido para obtener en tierra grandes velocidades

redor tenía contra él una verdadera conspiración, siempre que montaba en su máquina había de tener delante de la rueda a uno de sus encarnizados enemigos.

Su ayudante o asistencia oyó decir un día entre las quejas de los corredores, que le obligarían a dormir en una silla y al amanecer lo ataría a ella. cierto masajista, echándole en seguida un cubo de agua a la cara.

Convino con su corredor que se dejaría hacer como sucedió; pero éste, que al verlo atado y dormido alborotó con sus risotadas, llamaba la atención de todos hacia el mártir, siendo de un gran efecto el momento de lanzarle el agua al rostro.

De todo lo dicho se desprende, que la carrera de concurso de los Seis Días, ni es una atrocidad ni el esfuerzo de los corredores es superior a lo que un hombre puede.

¡A tanto se llega!



## LEYENDAS ESPAÑOLAS

# == LAS TRES SAETAS ==

Así como en los pueblos de ambas Castillas, los labriegos que vuelven de sus faenas se entretienen en las largas noches del invierno, al calor del hogar, en leer, releer y comentar las hazañas de los *Siete Pares de Francia*, y sus victorias contra el almirante Balán y los gigantes Fierabrás y Ferragús; del mismo modo, con igual interés, y con mejor criterio (puesto que sus héroes no son exóticos ni casi fabulosos como los de la narración francesa) los montañeses catalanes recuerdan la verídica historia del conde Berenguer y de Tolquil el arquero.

Hela aquí:

I

En el año de 1083, el conde Berenguer de Barcelona, impulsado por su insaciable ambición y por la predilección que siempre tuvo hacia las comarcas valencianas, sitiaba la ciudad de Valencia. Las grandes obras de defensa que en ella había y la tenaz resistencia de sus habitantes, hicieron que se prolongara el sitio y que el sitiador esperase a rendirla por hambre.

Durante el cerco, el conde Berenguer pasábase cortas temporadas en el castillo de Denia, que había ya caído en su poder, y entretenía su forzada inacción en volar la cetrería en aquellas campiñas pintorescas.

Y en verdad que en el mes de Abril del susodicho año, tal distracción no podía ser más agradable. El campo valenciano, en la primavera, tiene un

encanto especial, no sólo por la amenidad de su vegetación sino por una especie de efluvio que despierta y enerva apaciblemente al cuerpo e influye en la imaginación con voluptuosidad inexplicable.

Una mañana que el Conde, rodeado de sus cetreros, *levantaba* sus halcones y gerifaltes, acaeció un incidente, que demuestra una vez más, cuánto influyen en algunas ocasiones las causas pequeñas en los grandes resultados de la vida. Un halcón de la raza de los halebrados, que aun no había *entrado en campaña*, y que por consecuencia permanecía con el capirote, deshízose de éste, no se sabe cómo, y emprendió un vuelo bajo hacia una cañada.

El tal pájaro debía ser el genio malo de Berenguer, puesto que le impulsó hacia el precipicio.

El Conde a caballo y los cetreros a pie, corrieron en pos del halcón escapado, y el primero, que llegó antes que todos, detúvose junto a una escarpada pendiente por donde bajábase a la cañada.

Miró hacia el fondo de ésta, por ver de descubrir al ave fugitiva, y quedóse inmóvil y como embebecido.

II

Había en lo hondo de la cañada, en una planicie bastante extensa en donde descollaban algunas moreras, una casita blanca, toda rodeada de plantas parásitas y enredaderas. A la puerta, bajo los verdes festodes de una parra, y sentada sobre un asiento de yeso anexo a la pared, estaba hilando

una mujer. Era joven, y sólo el que ha visto a las huérfanas de Valencia podría comprender la belleza y expresión de su incomparable tipo. Tenía en su rostro, en su graganta y brazos desnudos, *el color de la tierra*, esto es, el del arroz maduro, en una epidermis dura, fina y satinada, como se usa por aquellas comarcas. Los ojos eran valencianos por lo grandes, y andaluces por la llama intensa que despedían, y su boca se plegaba en una mueca de incomparable gracia. Sus manos descarnadas y



algo largas, ponían el roquero a la rueca, y uno de sus piecitos calzado de marroquí negro, o sease cordobán, golpeaba impacientemente el suelo.

En este momento vióla el conde Berenguer, y como ya se ha dicho, quedóse embelesado.

Olvidó al halcón que huía, y hasta el cerco de Valencia: lo olvidó todo en la contemplación de aquella espléndida hermosura que ante sus ojos se ofrecía.

Algunos cetreros habían llegado al lado de su señor; éste les dijo:

—Esperadme aquí.

Y después comenzó a descender solo, por una senda mal diseñada y pedregosa que conducía al fondo de la cañada.

Dirigióse hacia la casita. La hilandera le vió aproximarse, pero no se movió de su sitio, tranquilizada sin duda por el buen aspecto del Conde; mas cuando llegó éste, dejó la rueca y púsose en pie.

El Conde, aunque no sentía sed, como pretexto para entablar conversación y para quizá entrar en la casa, la dijo:

—Gentil cañera, ¿puedes darme un poco de agua?

—Voy a servir a su señoría;—y como viese que Berenguer hacía ademán de seguirla, sacando rápidamente un taburete de madera labrada que había junto a la puerta, repuso:

—Sentaos, señor, y reposad.

—¡Ah!—dijo el Conde,—¿temes que entre en tu morada?

—Yo no temo nada, pero me he propuesto que nadie pise mi hogar en ausencia de mi marido.

—¡Tu marido! y ¿quién es ese feliz mortal?

—Un hombre a quien amo y que me ama.

Y dichas estas palabras, entróse la hermosa en su casa y volvió a salir inmediatamente trayendo una alcarraza de barro y un cubilete, en una batea de madera, todo ello lleno de sutiles labores.

Vertió agua en el cubilete y se le ofreció al conde. —¡Por quien soy!—dijo éste, después que hubo bebido,—que todos estos enseres son de un trabajo primoroso.

—Obra de mi marido, señor, que es muy mañero.

—¿Y quién es tu marido, del que tanto te ocupas, qué hace?

—Guerrear y quererme.

—¿Es soldado?

—Arquero, señor, el más diestro de Valencia y Aragón.

—¿Sería por ventura Torquil?

—Precisamente: ¿conocéisle, señor?

—No, pero la fama de su habilidad ha llegado a mí. Dicen que hace tiros fabulosos, que mata al vuelo los vencejos.

—Así es, señor.

—¿Guerrea ahora?

—Hállase con el Cid Rodrigo en la campaña de la Rioja, pero no tardará en volver; pues según noticias está para terminar con la rendición de la fortaleza de Alfaro.

—Enhorabuena pero de todos modos, lástima es que tan garrida persona como tú eres, viva retraída en sitio tan agreste. Paréceme una perla oculta en el fondo del mar.

—Señor,—dijo ella poniéndose seria,—habéis ya satisfecho la sed y si no tenéis otra cosa que mandarme...

—¿Me despedes?

—Os ruego que me permitáis atender a mis quehaceres.

—Eres asaz huraña.

—Nó, precavida, señor. Dicen que soy hermosa, y en verdad que lo siento, pues esta lindeza ya me ha causado disgustos. Los grandes señores, como poco tienen qué hacer, ocúpanse en cosas que no debieran.

—¿Por ventura alguno te ha requerido de amores?

—Pluguiese al cielo que así no fuera.

—Es que una vez vistos, no es posible resistir a tus encantos.

—Señor...

—Y yo, el conde Berenguer de Barcelona, te digo en puridad que si quisieras...

—Basta, señor,—interrumpió la joven,—no me traigáis los disgustos que me acarreo el conde don García Ordóñez. Debéis saber que no por fútil motivo, hémonos retirado mi marido y yo a tan apartado lugar. ¡Dios os guarde!—Y dicho esto, entróse en la casa, dando, como vulgarmente se dice, al Conde con la puerta en los hocicos.

Estuvo este a punto de insistir, pero se contuvo y fué a reunirse con sus cetreros.

### III

Desde aquel día la imagen de la hermosa habitante de la cañada perseguía a Berenguer: era una especie de obsesión de la que no podía librarse.

Intentó por todos los medios vencer el desdén de la arisca beldad, pero no pudo conseguirlo.

Los obstáculos acrecentaron la pasión o capricho del Conde; y siguiendo las costumbres de aquellos tiempos en los que era inconcebible que una *villana* pudiera resistirse a un caballero, determinó obtener por la fuerza lo que no había podido conseguir de buen grado.

A las altas horas de una oscura noche, encamínose sigilosamente a la cañada, acompañado de diez hombres de armas. Llamó a la puerta de la so-

litaria casita, y como no le abriesen después de dar repetidos golpes, mandó que sus gentes forzasen aquélla y penetró en la morada seguido de algunos de los suyos. Allí, en la segunda pieza, halló una mujer tendida en el suelo y privada de sentido: el sobresalto sin duda habíala reducido a aquel estado.

Lo que allí sucedió fácil es adivinarlo.

Los satélites del Conde habíanse salido al exterior, y algún tiempo después, al romper el día, presentóse Berenguer en la puerta, en el preciso momento en que un hombre bajaba precipitadamente por la escabrosa senda que conducía a la cañada.

Aquel hombre, joven, alto y fornido, llevaba un arco atravesado al pecho a guisa de bandolera, un pequeño zurrón colgado de la cintura al lado izquierdo y un saetero al lado derecho.

Era Torquil el arquero, que volvía de la guerra.

Al asomarse a la cañada, a la luz del alba, había visto un grupo de hombres de armas a la puerta de su casa, e inquieto y admirado, bajó la pendiente casi precipitado.

Llegó a la puerta de su casa pocos instantes después de haber salido de ella el conde Berenguer, aproximóse al grupo y con voz jadeante de emoción y cansancio gritó:

—¿Qué es esto, qué queréis a estas horas en mi casa?

El Conde supuso quién era, y viéndole requerir el arco, en vez de contestar, dijo a los suyos:

—Atad a ese hombre.

Echáronse los soldados sobre Torquil, que golpeaba violentamente la puerta de su casa en el momento en que se presentó en el umbral Marieta, que así se llamaba la mujer del arquero, pálida y con las ropas y cabellos en desorden.

—Torquil,—exclamó sollozando y señalando a Berenguer,—Torquil, ese es el felón, ese es el infame!—Y se dirigió a socorrer a su marido a quien los hombres de armas habían conseguido sujetar después de una desesperada resistencia.

—Encerrad a esa mujer en su casa,—mandó el Conde a los suyos.

Tres o cuatro de estos condujeron, o más bien arrastraron a Marieta al interior de su morada.

Torquil, presa de un paroxismo de desesperación y atado de pies y manos, se retorció en el suelo, pugnando por romper sus ligaduras, increpando al Conde y a los suyos con los más ofensivos dicterios.

El orgullo de Berenguer no pudo resistir a aquella ofensa. ¡Un miserable arquero denostando al conde de Barcelona! Aquello era inaudito.

—Amordazad a ese hombre y apalearle,—dijo a los suyos.

Y dada esta orden, sin mirar a aquel a quien había ofendido, montó en su caballo, que un escudero tenía de la rienda, y comenzó a alejarse siguiendo un sendero abierto en lo bajo de la cañada.

Se ignora si el conde Berenguer volvió a ocuparse de Marieta; es de suponer que saciado su brutal apetito no pensase más en ella.

IV

Quando estrechaba más y más el cerco de Valencia y a punto de rendirse esta ciudad, supo el Con-

sintió en oírle, sino que con acento airado le dijo: —Por insolente, no por prisionero, os desprecio, y en prueba de que es así os dejo en libertad. Volveos a Valencia para que pueda vencerlos por segunda vez. Idos.

Berenguer se retiró confuso y humillado, y cuando salía de la tienda seguido de algunos de los suyos, cruzó el aire una saeta y vino a clavársele en el ojo izquierdo.

Cayó en tierra el Conde vencido por el dolor, fué auxiliado y curado con esmero y pudo restable-



de que venía a socorrerla el terrible campeador Cid Rodrigo de Vivar que estaba entonces en el apogeo de su gloria y de su fortuna. Berenguer, que sólo tenía una cualidad culminante, la actividad, distrajo algunas fuerzas del ejército sitiador, hizo alianza con Almagib, rey de Denia, que deseaba vengarse de antiguas ofensas del guerrero castellano, y con numerosa hueste morisca, catalana y francesa, salió al encuentro de éste, que sólo traía siete mil hombres de guerra.

Encontráronse ambos ejércitos en tierra de Albaracín.

El Cid ocupaba las alturas de una cordillera. El Conde desafióle en una carta insolente a que bajase a la llanura: hízolo así el Campeador y dióse la batalla, que después de diversas peripecias, fué una gran victoria para los castellanos.

Berenguer y sus principales caudillos fueron hechos prisioneros, con cinco mil soldados más.

El Cid, sentado en un estrado de su tienda, recibió al Conde que deseaba hablarle, pero no con-

cerse, aunque quedando tuerto como es consiguiente.

Al arrancar la jara del ojo herido, notóse que el palo traía arrollado un pergamino y en él un letrero que decía así:

«Al ojo izquierdo del conde Berenguer en castigo de haber ultrajado a una mujer honrada.»

Nadie pudo averiguar la procedencia de aquella flecha; pero el paciente recordó a Torquiel el arquero.

Aprovechándose de la generosidad del Cid, y curado de su herida, volvió Berenguer a Valencia, que con la esperanza de socorro, aun no se había rendido. Temía aquél el empuje del Campeador, pero confiase en los accidentes de la fortuna, y además apercibió una nave en el puerto para huir en caso necesario.

No se engañó en sus suposiciones. El Cid no pudo auxiliar a aquella ciudad, porque vino a caer encima su mortal enemigo, D. García Ordóñez, conde de Nájera, a quien ya anteriormente había ven-

cido, pero que repuesto de sus derrotas consigió reunir un poderoso ejército.

Alentado Berenguer por este obstáculo que se oponía al Campeador, estrechó con más rigor a la ciudad que sitiaba, diezmada por el hambre. Apoderóse del arrabal de Alcudia y entonces los sitados negociaron la rendición. El Conde esperaba a los mensajeros frente a la puerta de Alcántara cuando sintió un golpe y un dolor penetrante en el ojo derecho y cayó del caballo.

Era una segunda saeta, que como la primera llevaba un pergamino arrollado en el que se decía:

«Al ojo derecho del conde Berenguer, en castigo de haber ofendido a un esposo y mandado apalear a un hombre.»

## V

Estuvo el Conde en grave peligro, mas por fin entró en vías de curación, merced a la ciencia de un médico árabe llamado Abiabar. Apenas se mejoró un poco, hizo levantar el sitio de Valencia, cuyos moradores seguían resistiendo a causa de la desgracia acaecida al caudillo sitiador. Pidió éste que le trasladaran al castillo de Denia y allí, encerrado entre cuatro paredes, según expresión vulgar, atendió a su restablecimiento.

Hallábase ciego.

Operóse sin duda una gran reacción en su carácter. No permitía que le hablaran de cosas de gobernanación ni de guerra. Indicáronle que debía buscarse al arquero que disparó la fatal saeta, que debería estar en Valencia; pero él prohibiólo terminantemente: quizá le remordía la conciencia.

Apoderóse de él un pánico terrible, hízose rodear de grandes precauciones de seguridad y no salía de su aposento. Cuando se halló restablecido trasladóse a la fortaleza de Sarriá en la cordillera de Monjuich haciéndose llevar en una litera chapeada de hierro.

Indudablemente le preocupaba la idea de una tercera flecha que pudiera alcanzarle; así es que una vez ya en la fortaleza hizo abarrotar menudamente todas las ventanas y tragaluces de esta.

No salía jamás al exterior y sólo paseaba entre murallas apoyado en el brazo de su antiguo maestresala.

Pero no sé quién ha dicho que la precaución atrae el peligro, y así fué respecto al conde Berenguer. En la suerte de este desgraciado príncipe hay algo de castigo providencial.

La plataforma del castillo era honda y estaba almenada. El Conde había mandado tapiar de argamasa los huecos de las almenas con objeto de tomar sin peligro el aire libre, que habíanle recomendado los médicos.

Una calurosa mañana, después de una noche de tormenta, paseaba el Conde por la plataforma guiado por su fiel servidor. La imprevisión de las gentes de la fortaleza no había notado que parte de una almena y el rompimiento anexo estaban derruidos a consecuencia, sin duda, de algún rayo o exhalación. Al llegar a este sitio, y antes de que el maestresala pudiera advertir el hundimiento, Berenguer que andaba, siguiendo el lado izquierdo del almenaje, sintió un golpe en el corazón y cayó a tierra instantáneamente.

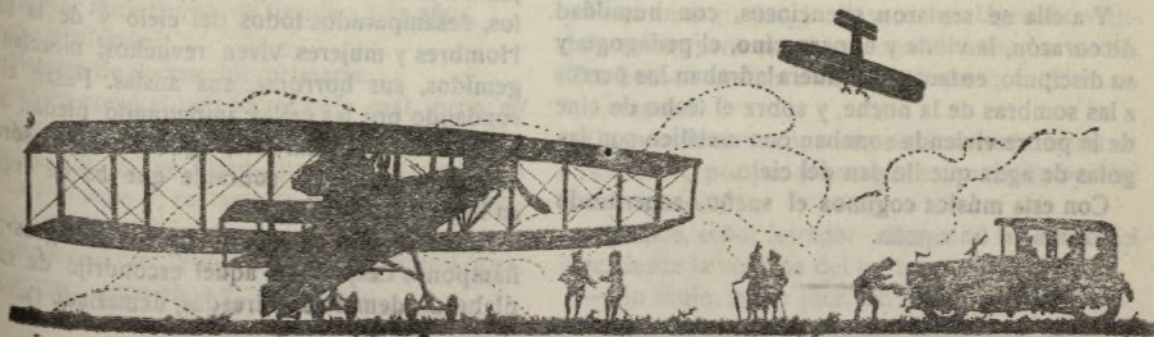
Habíale herido una tercera saeta, que como las anteriores tenía un pergamino arrollado, en el que se consignaba este fatal estigma.

«Al corazón del conde Berenguer. Ojo por ojo, diente por diente, vida por vida. Marieta, muerta de vergüenza y de dolor, está vengada.»

Esta es la historia del conde Berenguer. No sólo los campesinos la comentan sino que algún poeta popular ha escrito sobre ella un romance en dialecto catalán vertido al castellano por el inolvidable Roberto Robert, cuyo final dice así:

*¡Permita el cielo que haya  
Para quien falta a la ley,  
Las flechas que hubo Torquii  
Para el conde Berenguer!*

F. MORENO GODINO





(Continuación.)

V

UN CÍRCULO DANTESCO

El simulacro de lección hubo de interrumpirse por falta de luz. Entonces la viuda encendió dos luminarias: un candil de garabato colgante del techo y una mariposa nadando en un vaso de aceite, la cual puso sobre la mesa, arrimada a la pared, en que lucían emparejadas una estampa del Cristo del Gran Poder y otra de la Virgen del Valle, tal como se les representa en los *Pasos*.

—Mala noche se presenta—dijo la viuda, despalilando la mecha del candil—; el pábilo hace moco, y esto anuncia más agua.

—Señora Angustias—repuso el inválido—, quisiera pedirle a usted un favor.

—Usted dirá, don Gaspar.

—Pues que dejara dormir conmigo a este señor; un forastero amigo mío: ya ve usted, con esta noche...

—Allá usted, que yo soy muy gustosa. Por mi parte le convido a cenar.

—Muchas gracias, señora—exclamé conmovido por aquel retruco de obsequios.

Doña Angustias apartó la cazuela de la trébedes, revolvió las brasas en las cenizas, y cuando se apagó la lumbre, cruzó dos tablas en forma de aspa, por detrás de la estera que servía de cortina y puerta juntamente.

Sobre la mesa de la mariposilla de aceite humeaba la oronda cazuela, incensando con su apetitoso vaho los cromos de las venerandas imágenes.

Y a ella se sentaron silenciosos, con humildad de corazón, la viuda y el peregrino, el pedagogo y su discípulo; en tanto que afuera ladraban los perros a las sombras de la noche, y sobre el techo de cinc de la pobre vivienda sonaban con metálico son las gotas de agua que llovían del cielo.

Con esta música cogimos el sueño, acurrucado cada uno en un rincón.

Al amanecer nos despertó un insólito ruido. Daban golpes a los tablones en equis que cruzaba la puerta y se oían voces de mando.

Nos incorporamos sobresaltados, y por habernos acosiado medio vestidos, en un repente pusimos en pie. Cayeron las tablas y aparecieron dos guardias de Orden público.

—¿Quién vive aquí?—preguntó uno de ellos malhumorado, y sin esperar respuesta, añadió:

—¡Afuera todos; a declarar!

Era la tercera vez que me las había con la autoridad y no saqué nada de bueno.

—La señora Angustias se limitó a decir:

—Jesús me valga. ¿Qué habrá ocurrido?

Y santiguándose ante el Gran Poder, se echó afuera con nosotros obediente al mando gubernativo.

Lo que ocurriera lo vimos en seguida. El verdario, un montón de pobres, hombres, mujeres, niños, estaba agrupado en derredor de un cadáver esperando la llegada del juez de guardia.

Y averigüé lo siguiente: allí, en aquellos tabuco en aquel barrio de las Injurias, habitan veinte o treinta personas, casi todos mendigos de profesión: los más, tullidos algunos; haraposos, hambrientos, desamparados todos del cielo y de la tierra. Hombres y mujeres viven revueltos; mezclan sus gemidos, sus horrores, sus ansias. Pasan el día rondando por las calles; impetrando piedad a las puertas de los cuarteles, aguardando el sordido maná de la migaja sobrante que ha de engañar su hambre.

No es aquello la «Corte de los milagros»; los hampones desprecian aquel escondrijo de ruinas plebeyas, demasiado ajreadas, demasiado ruinosas.

visitadas en demasía por la Guardia de Seguridad montada que vigila los contornos.

Esta mañana, cuando empezaba a clarear, unos vecinos de *El Humero* llamaron a la primera pareja que vieron. Tenían un muerto, cosa inaudita, porque no son ellos gente que busca asilo cuando se siente morir. Van quedándose desparramados por el arroyo, en el depósito del hospital, bajo las ruedas de un tren, si las últimas congojas les apuran demasiado; y, a lo sumo, caen en campo raso, bajo pleno cielo, donde la tierra es más dilatada...

Los guardias desmontaron, se internaron en el cuartel y vieron lo que todos veíamos ahora. Un hombre muerto, un viejo que estaba tendido boca arriba, sobre el lodo del solar, con los ojos muy abiertos. Apenas le cubrían las carnes unos trapos, tenía las manos crispadas y las piernas contraídas, con los talones de sus desnudos pies hincados en el barro profundamente. Se conoce que al sentirse morir salió arrastrándose de su agujero, quiso erguirse, y allí quedó.

A todo esto llegó el juez, avisado por los guardias. Los vecinos que contemplábamos el cadáver en silencio, abrimos paso respetuosamente.

A la primera indicación prestaronse varios a declarar lo que sabían, aunque sabían muy poco, porque estos muertos dejan historia muy escasa.

No sé por qué el juez hubo de fijarse en el maestro y en mí, y me preguntó el primero.

—¿Cómo se llama usted?

—Se lo dije.

—¿Edad?

—Contesté a la pregunta.

El juez se detuvo un momento para pedirme la profesión. A la vista estaba, un vago, un miserable; pero quiso cumplir todos los trámites rigurosamente.

—¿Su profesión?

—Abogado—contesté imperturbable.

El digno representante de la ley creyó haber oído mal; pero dejó que apuntara el actuario.

—Y usted—volvió a preguntara mi compañero—, ¿cómo se llama?

—Gaspar Mira Bravo, de treinta y tres años.

—¿Su profesión?

—Maestro de instrucción primaria.

También creyó el juez haber oído mal, pero en los ojos de los circulantes leyó un ratificación enérgica: «Sí, ya ve usted—parecían decirle con aire de reproche—; es maestro de instrucción primaria... y está aquí.»

Compareció otro testigo, Antonio Borrajo López, de sesenta y cinco años y... presbítero.

—Sí, señor juez—repetía el pobre hombre, casi

llorando—; presbítero, presbítero. Me retiraron las licencias, fui perseguido, pero Dios sabe que he sido su sacerdote.

Y entonces se destacó del grupo una mujer vieja, semidesnuda, con la negra cara medio oculta por feroces greñas, que espontáneamente dijo:

—Y yo, Paula Benito Meco, de cincuenta y tres años, modista y profesora de labores.

El juez no quiso preguntar a los demás.

El cura y la modista, antiguos habitantes del barrio, que conocían al muerto, se mostraron acordes en la declaración.

—El mendigo muerto—dijeron—se llamaba Robustiano, y nada más que Robustiano, que ya es bastante para un mendigo. Tenía cincuenta y tantos años y vivía como los demás, del rancho y la limosna a hurtadillas.

Hace cinco días se sintió enfermo. No podía andar ni podía pedir. Como el huésped de las ruinas aquellas que no sale a la calle no come, porque no tiene la suerte del pájaro que halla para sí y para su nido, temió morir de hambre, y arrastrándose, marchó al hospital. Allí le admitieron; pero como en realidad no estaba enfermo, porque no tenía más que hambre, le dieron de alta a los tres días.

Del hospital se dirigió al Refugio. Se había hecho a las camas calientes. En el Refugio le tuvieron una noche.

Ayer por la mañana llegó a su domicilio. No podía tenerse en pie y se tumbó en su lecho. Su lecho, es decir, el pedazo de tierra que le correspondía, había sido maltratado por la lluvia de la noche. Era una masa blanda de barro sucio.

Los otros mendigos compañeros de hospedaje observaron que se movía con inquietud, que se quejaba luego de hondos dolores que le partían las entrañas. Vieron después que se revolcaba bramando, como si quisiera sepultarse, y, por último que daba media vuelta, que se quedaba quieto mirando a las nubes; que entre aquel cieno que le cubría la fuente, las mejillas y las barbas sólo se veía del rostro las blancas córneas, vidriosas y fijas.

Pasaron angustias, y aun vertieron lágrimas, viéndole sufrir; pero no se les ocurrió avisar a nadie. ¡Tan hechos estaban a la idea de que para ellos no hay amparo!

Cuando le vieron muerto, sí. Entonces avisaron a la Policía, porque saben que es un delito ocultar a un muerto...

—¡Adiós, señor letrado!—díjome el socarrón del juez, desde la ventana del coche en que se iba.

—Sin título, señor juez, sin título; pero me graduaré en Osuna, para donde salgo esta tarde, si

usía no manda otra cosa—contesté, siguiéndole la guasa.

—Pues que le vaya bien—repuso sonriendo el magistrado—. Acepte usted esta pequeña ayuda de viaje.

Y dióme un duro en una pieza, que acepté, no como dádiva, sino como dieta de Código.

Con él almorzamos aquella mañana los cuatro huéspedes de la víspera, y a los pocas horas tomé la ruta de Granada, por Arahal y Osuna,

## LIBRO SEXTO

### POR TIERRA DE MÁLAGA

#### I

#### SEMIANACREÓNTICA

Llegué, efectivamente, a Osuna, villa ducal situada al pie de un alto cerro y al principio de una dilatada llanura de labrantíos y dehesas.

A partir de Sevilla, estos grandes campos andaluces tienen un aire de soledad que apena. Grandes latifundios se extienden leguas y leguas, y aumenta la despoblación la práctica de dividir los terrenos en tres porciones: para el cultivo, para el descanso o barbecho y para pasto de animales.

Sevilla es una capital esplendorosa entre campos abandonados. El antiguo reino se lo repartieron en feudos el Duque de Arcos, hacia la parte de Córdoba; el de Medinaceli hacia Cádiz, y el Duque de Osuna hacia la serranía de Ronda.

El nombre de Osuna va unido al recuerdo del alto magnate que con su rumbo deslumbró las Cortes europeas, reavivando la tradición de los grandes señores castellanos. Marchitos los laureles de los Ureñas y gastados los doblones de los Osunas, la villa aparece como un astro apagado, en el que todavía aletean, frías y agónicas, las águilas de los heráldicos blasones, esperando la salida de un sol que no volverá a encenderse.

En tal guisa, la gótica colegiata se ha convertido en panteón de los duques, y la Universidad, en caserón municipal. A esta universidad de baratillo y a su antigua feria de grados me refería en mi conversación con el juez de *El Humero*.

Pasada La Roda se cruza un trozo de la provincia de Málaga, metido como una cuña en tierras de Sevilla, Córdoba y Granada.

El terreno va haciéndose montañoso. La entrada por cualquiera parte es penosa e incómoda por los pedregosos montes que salen al paso; pero no hay pedazo de tierra que no esté plantado de viñas,

porque, según parece, cuanto más áspero y montañoso es el terreno produce vinos de mejor calidad. A estos vidueños, por lo extendidos que están por montes y laderas hasta la marina, se les puede aplicar lo de la abundancia y ramificación de las vides de Judá, que extendían sus vástagos hasta la mar, cubriendo los montes con su sombra. (Salmo 80.)

Hago especial mención de estos viñedos porque ellos fueron las posadas de mi hambre en este trayecto.

¡Qué uvas las malagueñas! Las vi blancas y negras y de tantas clases, que yo, como Virgilio, protesto no poderlas numerar; desde las tempranas, que nuestro Plinio llama *forenses*, porque madurando antes se venden mejor en las plazas, hasta

(Continuad).

